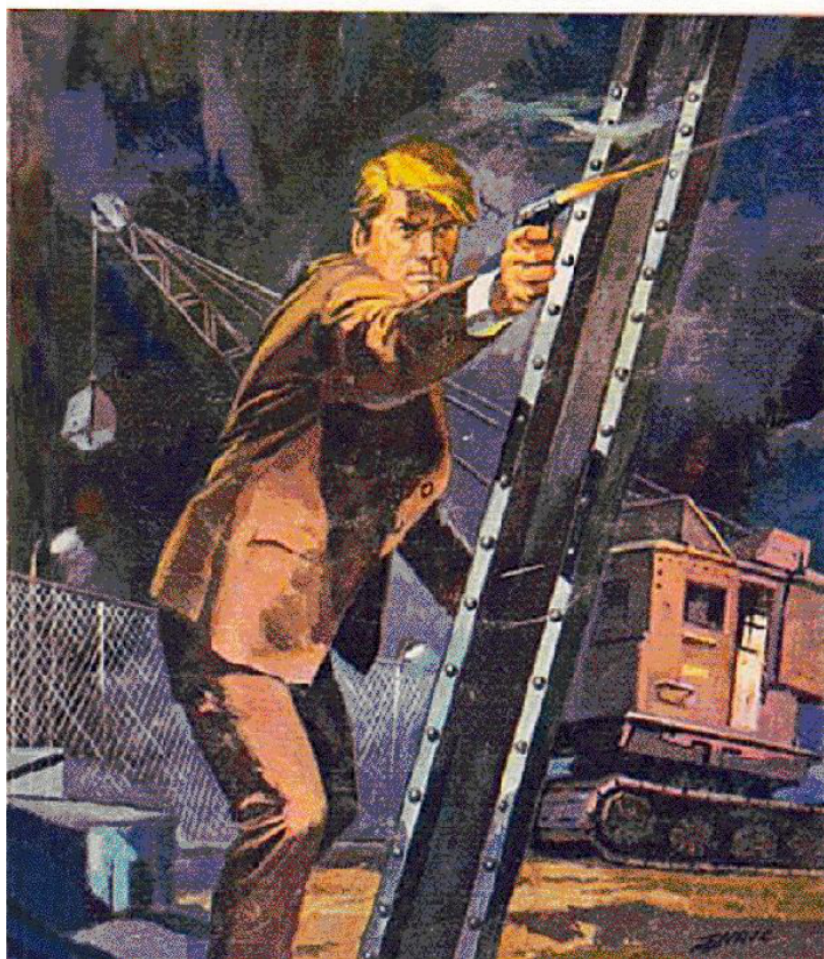


el arte de morir

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

EL ARTE DE MORIR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 727
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 547 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1976

© Burton Haré, 1976

texto

© Enrique Martín, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.331 — Sobra un ataúd.

En Colección PUNTO ROJO:

722 — Sonata en rojo mayor.

En Colección LA HUELLA:

52 — Llama un fantasma.

CAPÍTULO PRIMERO

—Dijeron que había un fisgón rondando la casa —masculló el *sheriff* de mal talante. Y añadió—: Lo dijeron así exactamente... Un fisgón en torno a la casa, de modo que no podían trabajar en paz.

Alan Drake sopló el humo del cigarrillo hacia el techo, recostado contra el respaldo de la butaca.

—¿Y qué? —preguntó perezosamente.

—Bueno, envíe a Hardy a investigar, sólo para que no siguieran dándome la lata. Ésa es la razón de que mi alguacil no esté aquí para compartir sus malos ejemplos, teniente.

—Yo sólo quería proponerle una partida de naipes.

—Y lo que siguiera después, con fulanas y todo eso... ¿Pero es que no puede usted pensar en otra cosa, hombre?

Alan le miró sinceramente ofendido.

—*Sheriff*, usted se confunde conmigo —dijo, sombrío—. Me gustaría que hubiera fulanas por estos alrededores. Las cosas no serían tan aburridas como son en realidad. Pero me revienta viajar hasta San Francisco si quiero divertirme un poco... en mi tiempo libre.

—¡Tiempo libre! —estalló el *sheriff*—. ¡Pero, hombre, si todo su tiempo es libre, a mi modo de ver! A veces me pregunto por qué razón le pagan a usted el sueldo... el Condado podría ahorrarse muy bien ese dinero sin que se notara su ausencia, Drake. Y créame que lo digo sinceramente.

El teniente miró al grasiento hombrecillo sentado al otro lado de la mesa y movió la cabeza piadosamente.

—No habla en serio —suspiró—. Si mal no recuerdo, fue usted mismo quien solicitó un oficial profesional para agregarlo a su oficina.

—En realidad, fue una sugerencia del alcalde —admitió el

sheriff a regañadientes.

—Y me mandaron a mí.

—Sí, alguien debía tener su día malo cuando lo hicieron. En fin, ya sabe por qué Hardy no está aquí.

—Si regresa pronto, díglele que estaré en mi apartamento escuchando música. Tal vez quiera venir a tomar un par de tragos.

—¿No quiere usted nada más, teniente?

—Eso es todo.

—¡Entonces, largo de aquí y déjeme trabajar en paz! —estalló el *sheriff*, con una voz que atronó las paredes.

Alan Drake se levantó perezosamente, chupó su cigarrillo y sus ojos grises miraron a Glover casi con lástima.

—¿Sabe una cosa, *sheriff*? —dijo, con aire preocupado—. El día menos pensado va a caer usted fulminado por un ataque cardíaco como siga congestionándose de ese modo.

—¡Largo!

Drake salió y cerró la puerta cuidadosamente.

El guardia uniformado que se aburría en la oficina exterior le sonrió con simpatía.

—¿Muerde, teniente? —susurró.

—Sólo ladra de momento, Simpson.

Encendió otro cigarrillo y suspiró.

—Me alegro de estar libre de servicio —comentó luego—. Va a ser una mala noche.

—¿Lo dice usted por las nubes o por el jefe?

—Por ambas cosas. Se avecina tormenta.

Alguien abrió la cristalera de la calle y una sombra delgada como un sarmiento se dibujó en el mamparo de cristal de la oficina.

—Aquí llega Hardy —exclamó el guardia.

Alan se volvió.

Hardy era un hombre de unos treinta y cinco años, un amasijo de piel y huesos que amenazaba con desencuadrarse a cada movimiento.

Penetró en la oficina y arrojó su gorra de uniforme hacia el perchero. Falló y la gorra acabó aterrizando sobre el gran recipiente de agua colocado en un rincón.

—El mejor está pidiendo a gritos una camisa de fuerza —refunfuñó, sentándose detrás de su mesa.

—¿Qué?

—¿Quién?

Les miró como asombrado de que no supieran de lo que estaba hablando.

—Los chiflados del caserón. ¿Quiénes si no?

—¿Los del fisgón? —indagó el agente Simpson.

—Seguro. Deben temerle a los fantasmas. ¡Qué ejemplares para un circo, teniente!

—Bien, no es que la cosa me interese en demasía, pero tal vez quiera descender hasta mi humilde altura intelectual y explicarme de quién infiernos está hablando, ¿sí?

Hardy miró al teniente como si le creyeran realmente enfermo de los sesos.

—Bueno, de esos chiflados que viven en la residencia de los Tuckerman. Ya sabe... Pintores, escultores... Cosas así —terminó, con una mueca—. Hasta hay una bailarina de abanicos.

—¿Acaso le ha hecho una demostración privada de su arte, Hardy? —insinuó el teniente.

—¡Cuernos, no! Estaban demasiado nerviosos todos ellos.

—¿Nerviosos?

—A causa del merodeador. Aseguran que alguien ha estado espíándoles estas últimas noches.

—¿Uno de esos tipos que atisban por las ventanas para ver a las mujeres?

—Según ellos, el fulano no hace distinguos. Espía a cualquiera indistintamente, ¿sabe?

—Entonces lo han soñado. Bueno, Hardy, ¿qué le parecería una partida y unos tragos, mientras escuchamos música?

El esquelético aguacil sacudió la cabeza con pesar.

—Lo siento, teniente, pero he de redactar un informe y luego estoy de servicio hasta medianoche. Otro día será.

—De acuerdo. Hasta mañana entonces.

Alan abandonó las oficinas y caminó sin prisas por la solitaria calle. Sobre su cabeza se apelotonaban unas nubes oscuras y muy bajas. Del mar llegaba un airecillo frío y húmedo que anunciaba la inminente tormenta.

El apartamento del teniente estaba en la última planta de un edificio de siete pisos. Había revistas desperdigadas aquí y allá,

libros en unos estantes y muebles cómodos y modernos.

Drake conectó el tocadiscos automático y luego fue a obsequiarse con una generosa ración de *whisky*.

Era una de esas noches en que la soledad le deprimía. En otras ocasiones, estar solo resultaba un placer, pero en esas horas inciertas de aquella noche en particular, echaba en falta una amable compañía femenina.

Decidió acostarse antes que la nostalgia se apoderara de él, así que apuró el *whisky*, se dio una ducha y tan pronto apoyó la cabeza en la almohada quedó profundamente dormido.

El timbre del teléfono barrenó su cerebro hasta despertarle, insistente, agudo y desesperante.

Tanteó en busca del auricular con los ojos cerrados.

—¿Qué diablos pasa ahí? —barbotó—. ¿O se han equivocado de número?

—¿Teniente? Habla Hardy, desde la oficina.

—Llámemme mañana y jugaremos esa partida.

Se disponía a colgar. Por el auricular crepitaba la voz del alguacil, apenas inteligible. Drake no entendió apenas nada, pero una de las palabras sí penetró hasta su mente adormilada.

Asesinato.

Dio un salto y quedó sentado en la cama, sacudiendo la cabeza.

—¿Hardy? —chilló—. ¿Qué fue lo que dijo?

—Que le degollaron, teniente.

—¿A quién?

—¿Es que no me escuchaba, o qué? ¡Al pintor!

Drake empezó a sentir como si la cabeza le diera vueltas.

—¿Pintor? —balbuceó—. ¿Han liquidado a un pintor?

—Ni más ni menos.

—¿A qué pintor?

Oyó claramente el suspiro de resignación del alguacil.

—Uno de los que denunciaron al fisgón. ¿O ya no lo recuerda?

—Ahora sí... ¡Maldita sea! ¿Qué hora es?

—Las tres y diez minutos, teniente.

—¡Qué! —rugió—. ¿No está el *sheriff* ahí? Era su noche de servicio.

—Estaba cansado, teniente. Se fue a su casa y dijo que si ocurría cualquier emergencia, le llamásemos a usted.

Alan Drake maldijo entre dientes.

—Muy bien, Hardy —sucumbió al fin—. Llegaré en unos minutos...

Colgó, preguntándose por qué razón Hardy estaba aún de guardia a semejantes horas, si su turno expiraba a las doce de la noche.

Cuando abandonó el apartamento no puede decirse que fuera un policía feliz, precisamente. Y su humor se agrió hasta extremos alarmantes al recibir la espesa lluvia que estaba descargando sobre la población.

CAPÍTULO II

La residencia que había pertenecido a los Tuckerman durante generaciones, estaba sólidamente cimentada en la cumbre de un promontorio, sobre el acantilado, al pie del cual, las olas se estrellaban en su eterno ir y venir. Por la parte de tierra se extendía durante infinidad de acres de césped mal cuidado, corpulentos árboles entre cuyo espeso ramaje, el viento del océano arrancaba incansables lamentos, y lo que una vez fuera un parque, el abandono había convertido en algo muy semejante a una selva inextricable.

Cuando el teniente Drake se apeó del coche frente a la entrada principal, envuelto por la lluvia y las sombras, se le antojó todo aquello una pesadilla sin pies ni cabeza. No podía ver mucho del inmenso edificio, pero lo poco que alcanzaba a distinguir era tan delirante que parecía increíble que alguien hubiera sido lo bastante esquizofrénico como para construirlo.

Al abrirse el pesado portalón de roble macizo dejó de pensar en la delirante arquitectura del lugar, para fijarse en la mujer que la luz del interior recortaba claramente en el umbral.

En el primer instante, Drake sintió que su sangre alteraba su ritmo al creer que aquella mujer estaba desnuda por completo. Luego, cuando subió precipitadamente los escalones, salió de su error al advertir que la muchacha llevaba una suerte de malla negra que la cubría desde el cuello a los tobillos, firmemente adherida a las curvas de su cuerpo esbelto y firme.

—¡Hola! —Runroneó la aparición—. Supongo que usted es el polizante que estamos esperando... Me llamo Denise Folk. Quizá ha oído hablar de mí, ¿eh?

—Bueno, no, pero eso se debe a que yo no frecuento los lugares adecuados. ¿Está aquí el alguacil Hardy?

—Si se refiere a ese saco de huesos con uniforme, sí, aquí está.

Un poco alterado, ésa es la verdad, pero en buen estado.

El teniente comenzó a preocuparse de veras.

Atravesó el umbral y ella cerró la puerta. Se movía con una especie de ligereza alada, algo que ponía en movimiento simultáneamente todos y cada uno de los recovecos de su cuerpo impresionante.

Tenía los cabellos largos y negros que se desbordaban sobre los hombros. Sus ojos eran grandes, dorados y descarados. Escrutaban fijamente al policía como si estuviera tomándole las medidas...

Drake carraspeó.

—¿Dónde está el cadáver?

—¡Oh!, ese sucio gusano... La verdad, polizante, que nos ha amargado la noche a todos. ¿Van a llevárselo de una vez?

—Creo que no tardará en llegar una ambulancia. ¿Dónde está, exactamente?

—En la biblioteca. Ha tenido la desconsideración de hacerse matar justamente donde más podía estorbar, además de poner perdida una alfombra persa que nadie sabe lo que vale.

—Muy desconsiderado por su parte, naturalmente —convino Drake con amargo sarcasmo—. ¿Se sabe cómo han sucedido las cosas, quién lo ha matado y todo eso?

—El fisgón, sin duda.

—¡Oh, sí!; ese famoso merodeador que denunciaron.

Por una puerta apareció Hardy. Estaba más macilento que de costumbre y sus ojos tenían una mirada desorbitada.

—¡Menos mal que ha llegado usted, teniente! —exclamó, con evidente alivio—. Todo eso no está hecho para mí.

—¿A qué se refiere?

—Lo verá por sí mismo.

Dirigió una furibunda mirada a la escultural dama vestida con la malla negra y tragó saliva, con lo que su aguda nuez subió y bajó ostentosamente.

Denise Folk cacareó:

—¿Qué le pasa, buen hombre? Parece a punto de sufrir un síncope.

—¡Estoy al borde de la demencia!

—No debería impresionarle tanto la visión de un hombre muerto —gruñó el teniente—. Se supone que son gajes del oficio, Hardy.

—¡Maldito si me preocupa el muerto! Son los vivos los que me vuelven loco.

La muchacha rió.

Drake volvió a dedicar su atención a sus esculturales curvas que las mallas resaltaban ostensiblemente.

—Usted no parece haber apreciado mucho al difunto. A propósito, ¿cómo se llamaba?

—Giacomo Luca. El creía que era pintor.

—¡Qué cosas...! ¿Y quién más hay en la casa?

Esta vez fue Hardy quien respondió.

—Todo un surtido, teniente. Otro pintor, que dice llamarse Henry Le Bon, un escultor, con una barba hasta la cintura, que se llama Thomas Hoyle. Después tenemos a otra pintora y otra escultora. Se llaman Pauline Carpenter y Sarah Bosacky. Pauline Carpenter tiene la inocente manía de andar por la casa casi sin ropa que la cubra.

—¿Ésos son todos?

—¿Todos? —Hardy soltó un quejido—. ¡Un cuerno, teniente! Hay otra dama que, de la mañana a la noche, va vestida de largo y que es la propietaria de la casa... Elmira Tuckerman. Y después tenemos al fauno.

—¿Quién?

Denise palmoteo entusiasmada.

—¡Fauno! —chilló—. ¡Le encantará saber eso...!

—Él dice que es un marchante de arte o algo así. Responde al nombre de Talbot... William Talbot.

—Yo soy bailarina, ¿sabe, polizonte? —anunció Denise Folk con orgullo—. Bailarina de abanicos.

—Espero admirar una de sus danzas en cualquier momento. Y ahora quizá el uno o el otro quieran mostrarme el cadáver, ¿sí?

—Por aquí, teniente.

Hardy echó a andar. La bailarina se colgó del brazo del teniente y comentó:

—Es usted muy fuerte, ¿verdad, teniente?

—Como siga usted estrujándome de ese modo dejaré de serlo muy pronto.

—Sólo tanteaba sus músculos.

—¡Qué cosas...! ¿Le importa devolverme el brazo de una pieza?

Ella le soltó, con un mohín.

—Usted me gusta, pero en Elmira provocará estragos. Ella es excesivamente impresionable.

—Es un caso perdido —estalló Hardy abruptamente—. Ha coqueteado conmigo estando de servicio. ¿Qué le parece?

—Que está mal de la vista —dijo Drake.

Denise se echó a reír cuando se detuvieron ante una enorme puerta claveteada.

Hardy la empujó. El interior estaba alumbrado por varias lámparas y, al primer vistazo, el policía captó las estanterías repletas de volúmenes. Luego, miró al cadáver extendido sobre la alfombra.

La cuchillada casi le había decapitado. La sangre formaba una enorme mancha en la alfombra, en torno a su cabeza.

Desde la puerta, la muchacha comentó:

—Espero que lo saquen pronto de aquí, teniente...

—¿Dónde están los demás?

—En un salón, emborrachándose —dijo Hardy, rencorosamente.

—Sólo beben un poquito —rectificó la bailarina ofendida en sus impulsos fraternales—. Para pasar el tiempo ya sabe...

—Beben como cosacos —insistió Hardy, ásperamente.

Denise le preguntó dulcemente si él había visto algún cosaco alguna vez, con lo que Hardy se quedó mudo.

Drake rezongó:

—Estamos apartándonos del asunto principal. ¿Alguien ha tocado algo ahí dentro?

—Nadie. Cuando descubrimos al pequeño gusano desangrándose, Talbot cerró las puertas y telefoneó a la policía.

—¿Y usted, Hardy?

—Nada, teniente. Vine en cuanto recibimos la llamada. No sabía exactamente de qué se trataba, porque uno nunca sabe con esta clase de chiflados... Bueno, le telefoneé a usted desde aquí.

Drake dio unos pasos por la gran estancia. El cadáver yacía junto a un diván tapizado con cuero oscuro. Sobre una mesita había un teléfono, botellas y vasos, y un recipiente de plata en el que se había fundido el hielo.

En el lado opuesto, estaba la gran mesa de trabajo con un revoltijo de papeles sobre ella, que casi ocultaban otro teléfono.

Algunas butacas, otra mesita enana y las lámparas de pie eran el resto del mobiliario, además de las inmensas estanterías repletas de libros, algunos con aspecto antiguo y valioso.

Volvió a fijarse en el cadáver. El pintor debía contar alrededor de unos veintiocho años. Había sido un hombre extraordinariamente apuesto a juzgar por cómo se veía allí, tendido, y a pesar de la tremenda herida que casi le había decapitado.

Sus cabellos, muy largos, eran negros como el azabache.

—Dice usted que era pintor, ¿no es así? —Gruñó, pensativo.

—Él tenía esa creencia.

—¿Y usted?

La bailarina esbozó un mohín despreciativo.

—Era incapaz de pintar siquiera una pared.

—¿Por qué están todos ustedes en esta casa? —le espetó, de pronto.

—Elmira nos invitó. Se sentía muy sola, ¿comprende? Al morir su padre, el señor Tuckerman, ella vino al entierro y decidió quedarse a vivir aquí. El padre siempre había sido una especie de mecenas. Había protegido y subvencionado artistas. Bueno, supongo que Elmira decidió seguir su ejemplo.

—¿Hace mucho tiempo que murió el señor Tuckerman?

—Seis o siete meses.

—¿Había divergencias entre el muerto y los demás, usted incluida?

—No es por ahí, teniente —runroneó la hermosa muchacha, con una divertida sonrisa—. Equivoca el camino.

—¿Usted cree?

—Ha sido el fisgón, estoy segura.

—Hábleme también de ese fisgón, ya que estamos en eso.

—No hay nada que decir. Sólo sé que un tipo al que *no* logramos ver, merodeaba por las noches cerca de las ventanas. Le oímos en varias ocasiones y ayer noche Thomas y el viejo Talbot salieron para tratar de cazarlo. Se les escabulló entre los árboles.

—Pero ¿consiguieron verlo?

—¡Oh, sí! ¡Claro que le vieron! Un hombre, desde luego. Pero fue más ligero que ellos y escapó.

—De todos modos, dígame si había discusiones entre ustedes y el muerto. Por lo que ha dicho hasta ahora, no parece que el

aprecio y la camaradería fueran los sentimientos reinantes aquí.

—Eso era debido a que Giacomo era un tipo especial. Lo mismo que Henry.

—Más claro, por favor.

—Lo verá por sí mismo. ¿No desea hacer preguntas a los demás o qué, teniente?

—Claro que sí. Sólo dígame una cosa más... ¿Están ustedes aquí, con todos los gastos pagados?

—¡Por supuesto! ¿Qué se imagina usted? Elmira nos invitó.

—Ya veo. Bien, iremos a dar un vistazo al resto de invitados. Usted quédese junto a esta puerta, Hardy, y no deje entrar a nadie en la biblioteca hasta que llegue la ambulancia.

—De acuerdo, teniente.

Todos los demás invitados, en compañía de la dueña de la casa, estaban en un amplio salón y al entrar el teniente escoltado por la bailarina, se volvieron en redondo hacia la puerta. Todos sostenían sendos vasos en las manos.

Denise Folk anunció:

—Éste es el polizone que va a someternos al tercer grado, camaradas. Se llama Drake y es teniente o algo así.

El aludido paseó la mirada por todos cuantos estaban allí. Estuvo seguro de saber exactamente quién era cada uno, gracias a las descripciones de Hardy.

La mujer que llevaba una suerte de diminuto bikini apenas visible sobre su escultural anatomía debía ser, sin duda, la pintora llamada Carpenter. Y el tipo de la tumultuosa barba... y el pequeño con pinta de fauno.

—Yo soy Elmira Tuckerman —rompió el silencio una mujer alta, de cabellos rojos y ojos fulgurantes—. La propietaria de la casa, teniente. ¿No quiere sentarse?

—Gracias.

La observó con descaro. La mujer se cubría con un vaporoso vestido de noche cuyo escote descendía en picados muy acentuados.

—¿Alguno de ustedes sabe algo concreto sobre lo sucedido a su compañero? —preguntó, un tanto desconcertado.

Todas las cabezas se sacudieron de un lado a otro.

—¿Quién fue el último que le vio con vida?

Hubo un silencio. Luego, el joven de larga y rizada melena que

permanecía rígido un poco apartado de los demás, murmuró:

—Supongo que fui yo.

—¿Su nombre, por favor?

—Henry Le Bon.

Drake comprobó que no se había equivocado. Como igualmente estuvo seguro de la clase de individuo que era aquél.

—Siga —le animó—. ¿Dónde le vio usted por última vez?

—En la misma biblioteca. Bebimos unos tragos y él insistió en quedarse solo... Dijo que quería consultar algunas cosas en la Enciclopedia del Arte que hay en un estante. De modo que me fui a mi cuarto y me acosté.

—¿Alguien más estuvo en la biblioteca con... Luca, se llamaba así?

—Giacomo Luca —dijo Henry Le Bon. Y su voz sonó con un leve temblor.

—¿Nadie más estuvo con él?

—Yo no, seguro —dijo el hombrecillo, con cara afilada.

Los demás sacudieron la cabeza negativamente.

—Usted debe ser el señor Talbot...

—¡Ajá!

—¿También está aquí, en calidad de invitado?

—No, teniente; vine para dar un vistazo a los trabajos de mis representados... Soy el marchante de todos ellos, ¿comprende? Sólo que una vez aquí decidí quedarme un par de días.

Elmira Tuckerman, murmuró:

—Para mí es como otro invitado más. Venga a sentarse aquí, teniente, estará más cómodo.

Palmeó el asiento del diván, justo a su lado.

Drake dejó resbalar la mirada por el inaudito escote y no replicó, volviéndose hacia el marchante, otra vez.

—¿Qué tal era el difunto como pintor, señor Talbot?

—Bueno...

—¡Pésimo! —cacareó Denise Folk, con una risita.

—¿Era tan malo como ella dice?

—Mire, teniente, Denise no sentía ninguna simpatía por el pobre Giacomo ni por sus trabajos. La verdad es que nunca habría sido un genio con los pinceles, pero era hábil. Sabía lo que le gusta al público y él se lo daba, aunque maldito si tenía nada de arte. Sin

embargo, con el tiempo hubiera ganado mucho dinero.

—¿Ahora no?

—Estaba empezando, casi.

—Y usted representa comercialmente a todos los artistas que hay aquí. ¿Es así?

—Ni más ni menos.

—De modo que la muerte de ése... Giacomo Luca significa una pérdida para usted.

—¡Cuernos, ya lo creo que sí! Usted comprende las cosas a la primera, teniente.

—¿Alguien más sale perdiendo con la muerte de ese hombre?

Sólo le respondió el silencio. Luego, con voz extrañamente suave, Denise Folk runruneó:

—Me parece que sólo Henry, polizonte.

—¿Henry?

Henry Le Bon soltó una suerte de gruñido y sus ojos se volvieron hacia la bailarina con una mirada asesina.

Malignamente, Denise añadió, con el mismo tono runruneante:

—Yo diría que el pobre Henry se ha quedado... este... viudo.

Alan Drake abrió la boca estupefacto. Iba a replicar, cuando en la puerta apareció Hardy, quien anunció que la ambulancia acababa de llegar.

—También ha venido el médico forense, teniente —dijo—. No parece de buen humor, precisamente.

Drake asintió.

—Quédense aquí —gruñó—. Seguiremos hablando cuando se hayan llevado el cadáver.

Salió a grandes zancadas y cerró la puerta.

Eso impidió que pudiera oír la barbaridad que Henry Le Bon dedicó a Denise, con su voz atiplada y apasionada.

Naturalmente, tampoco escuchó la burlona risa de la bailarina...

CAPÍTULO III

El doctor Barlow estaba acucillado al lado del cuerpo. Era un hombre de pequeña estatura, todo nervio y viveza.

El teniente gruñó:

—¿Y bien, doctor?

—Y bien, ¿qué?

—Bueno, tiene un fiambre entre manos. Algo podrá decirme de él.

El doctor ladeó la cabeza, y sus ojos malignos se clavaron en Drake como cuchillos.

—Acabo de llegar. ¿Qué quiere que le diga?, que es un tipo de raza blanca, de unos veinticinco o treinta años, que ha muerto de una cuchillada y que cuando le practique la autopsia podré decirle mucho más.

Drake suspiró.

—Usted gana. Lléveselo y destrípelo cuanto antes, doc. ¿Qué le pasa, estaba con alguna rubia cuando le han llamado?

—Tiene usted una mente retorcida, teniente.

—Ya lo sé. Lo que no tengo es ninguna rubia.

—Eso le duele.

El médico volvió a dedicar su atención al cadáver. Reinó un pesado silencio. Cuando uno de los enfermeros que había llegado con la ambulancia cambió de postura, sus pies produjeron un ruido como el de una pequeña explosión.

—Eso sí resulta curioso —refunfuñó el doctor, levantándose.

—¿Qué?

—La extraña rigidez de la lengua y la mandíbula...

—Bueno, está muerto, ¿no?

—Esa observación habla muy alto de su aguda inteligencia, teniente —estalló el médico—. ¿Ha visto alguna vez alguien que viva con un tajo como éste en el gaznate?

—Quise decir que si está muerto es lógico que empiece a ponerse rígido.

—Es usted una lumbrera, desde luego. Le enviaré el informe de la autopsia. Hasta entonces, vaya usted haciéndose a la idea de que a ese pobre tipo le narcotizaron, antes de matarlo.

Drake se quedó boquiabierto.

—¿Drogado? —balbuceó.

—Ingirió algún narcótico, sin duda. Podré indicarle cuál, cuando haya hecho los análisis pertinentes. Que se divierta entre tanto.

Se fue trotando hacia la puerta y desapareció.

Uno de los camilleros gruñó:

—¿Podemos llevarnos el cuerpo, señor?

—Seguro.

Cuando se fueron con su sangrienta carga, Hardy cacareó:

—¡Esto sí que es interesante, teniente! Narcotizado... ¡Qué cosas!

—Tráigame a la dueña de la casa, Hardy. Voy a hablar con ellos, uno a uno.

—Tenga cuidado, teniente...

—¿De qué?

—De esa dama. Intentará liarlo en cuanto se descuide.

—Para estas cosas nunca me descuido... si puedo evitarlo.

—¿De veras quiere evitarlo...?

Drake soltó un juramento, cuando Hardy ya estaba fuera.

Unos minutos después regresó, escoltando a la sensacional propietaria del enorme caserón.

—Ocupese de que los demás permanezcan donde están, Hardy —ordenó—. Que nadie abandone el salón hasta que yo les llame.

Hardy cerró la puerta después de dirigir otra mirada hambrienta a Elmira Tuckerman.

Desde luego, había mucho donde mirar y Drake estaba comprobándolo, sin poder evitar que su sangre se alborotara más de la cuenta.

Elmira Tuckerman estaba construida siguiendo las líneas de una escultura griega. Sus curvas eran generosas, pródigas y llenas de subyugante armonía.

El largo vestido de noche con escote delirante se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel hasta llegar a las ampulosas caderas.

Allí descendía en finos pliegues hasta los pies calzados con unas chinelas plateadas.

—¿Le puedo ser útil en algo, teniente? —Runruneó la soberbia pelirroja. Su voz fue como un rumor perezoso y ardiente que puso escalofríos en los nervios del policía.

—No parece muy afectada por la muerte de uno de sus invitados, ¿eh, jovencita?

—¿Por qué habría de estar impresionada? Son cosas que pasan.

—Sí, claro, cosas corrientes. Dígame una cosa. ¿Por qué invitó a toda esa gente a la vez?

—Fue una de esas cosas... ¿Sabe usted?

—No lo sé. ¿Qué cosas?

Ella suspiró resignadamente, mirándole casi con pena.

—Usted no quiere comprenderlo, teniente. Bien, se lo diré. Yo había abandonado el internado hacía poco más de un año. No quise volver al lado de mi padre y me quedé en San Francisco. Encontré un empleo y me dediqué a trabajar. Entonces el viejo tuvo el acierto de morir, ¿sabe usted?

—Ya veo...

—No se escandalice. Mi viejo no era precisamente una blanca margarita a la que hubiera que amar. Era duro, despiadado, brutal... Mi madre murió alcoholizada por su culpa. No pudo resistirlo y se dio a la bebida... A mí me encerró en un internado del Este y nunca se molestó en ir a verme. Pagaba las facturas puntualmente y eso era todo. Incluso en las vacaciones... Bueno, yo nunca tuve unas auténticas vacaciones.

—Siga.

—El caso es que cuando me dijeron que había muerto y que yo era su única heredera, decidí tomarme esas vacaciones que nunca antes había podido gozar. Viajé por todo el país, me divertí, conocí a gentes estupendas y, finalmente, aterricé aquí. Esta casa es una monstruosidad, claro, pero me gustó el pensar que yo iba a disfrutar de todo lo que él había acumulado, incluida la casa. No iba a dejar nada sin alborotar, de cuánto fue suyo...

—¿Y los invitados?

—Les conocí después, cuando regresé a Frisco. Viví unos meses allí y decidí que todos esos amigos podrían realizarse mejor en un lugar como éste, sin preocupaciones. Al mismo tiempo, me

alegrarían la vida. Así que los traje.

—Comprendo. ¿Había alguna clase de rencillas entre ellos?

—Teniente, se equivoca de ruta. Formamos un grupo estupendo, créame. Ninguno de nosotros ha matado al pobre Giacomo...

—La bailarina lo calificó de *pequeño gusano*...

—¡Oh, la pobre Denise! Está furiosa, ¿sabe usted? No tiene éxito.

—¿Cómo he de entender eso?

—Bueno, teniente... Giacomo nunca le hizo el menor caso... Ni Henry. Ellos dos eran muy «especiales», ya sabe... En cuanto al patriarcal Thomas Hoyle sólo tiene ojos para sus esculturas y para mí.

—Ya veo...

—No lo comprendo, pero en cualquier circunstancia, los hombres sólo se fijan en mí. ¿Por qué será, teniente?

Drake tragó saliva.

—Cuando haya resuelto el asesinato, quizá decida averiguarlo, señorita. En mi tiempo libre, quiero decir.

—Hágalo —runruneó la pelirroja—. Es algo que me interesa mucho... Me intriga, ¿sabe?

—Claro.

—¿Tiene más preguntas en el buche?

—Me parece que no... de momento.

—Entonces, me iré a mi cuarto. Es la última puerta, arriba, en el pasillo de la izquierda. Suba, si necesita preguntarme algo más.

—Descuide.

Le abrió la puerta y ella salió con su ondulante manera de andar. Al pasar junto a Drake una nube de suave aroma le envolvió.

—Éste... ¿Cuál era la habitación del muerto, señorita? —balbuceó.

—Giacomo ocupaba la primera que hay en el pasillo de la derecha, arriba. La del pobre muchacho y la de Henry eran vecinas las dos, ¿sabe, teniente?

Se fue, ondulando el cuerpo como una serpiente.

Cuando Drake consiguió despegar la mirada de aquella visión volvió atrás y encendió un cigarrillo, reflexionando a toda presión, en un esfuerzo por hacerse una idea de todo aquel jeroglífico.

Se confesó a sí mismo que estaba poniéndose nervioso, pero no pudo dilucidar si era a causa del caso de asesinato o a la presencia

de aquellas mujeres endiabladamente enervantes.

Al fin, y antes de decidirse a interrogar a los demás, subió las escaleras rápidamente y entró en el cuarto que fuera del pintor muerto.

Era una habitación de gran tamaño, con muebles de estilo, sólidos y confortables. Comenzó por dar un vistazo a la media docena de trajes y demás prendas de ropa que había en un armario. No encontró nada que pudiera interesarle y lo cerró, pensativo.

Examinó todo cuanto perteneciera al tal Giacomo Luca. Nada de cuánto veía revelaba la personalidad del muerto, como no fuera su afeminado gusto por el vestuario.

Luego, cuando abrió un cajón de la anticuada cómoda, las cosas cambiaron un poco.

Había pañuelos, calcetines y papeles, en un perfecto revoltijo. La mayoría de los papeles eran facturas que debía haber guardado de su última estancia en San Francisco. Algunas cartas insulsas, otras que no lo eran tanto y que habrían ruborizado a un sargento de infantería... y una con el papel nuevo y crujiente que estaba encima de todo lo demás.

La leyó, intrigado, porque estaba firmada por una mujer.

Resultaba chocante que un tipo afeminado como Giacomo Luca tuviera correspondencia con una mujer.

«Es preciso que te vea cuanto antes. Necesito saber, ¿comprendes? Estoy en el Prince, habitación 36. Te esperaré mañana a los ocho de la noche».

Firmaba una tal Sally Browne.

La fecha era del día anterior, de modo que la cita quedaba establecida para las ocho de la siguiente noche.

Drake recordó que el Prince era el más lujoso hotel del sector de la playa, por lo tanto la dama llamada Sally Browne no podía ser una pobretona, precisamente.

Se guardó la carta en el bolsillo y prosiguió su registro de la habitación, pero ya no encontró nada más de interés.

Entonces volvió a descender las escaleras dispuesto a interrogar al resto de curiosos ejemplares de ese pequeño mundo en el que le había tocado en suerte irrumpir.

Mientras descendía pensó en qué hubiera ocurrido, de haberse

decidido a visitar la alcoba de la explosiva Elmira Tuckerman...

CAPÍTULO III

El *sheriff* Glover leyó la carta de la tal Sally Browne, mientras escuchaba el relato de los acontecimientos. Pequeñas gotas de sudor perlaban su grasienta cara, mientras se concentraba en escuchar.

Cuando Drake hubo terminado levantó la mirada y gruñó:

—Sí, he comprendido su palabrería, teniente, interrogó a toda esa gente y todo lo que obtuvo fue un *divertimento* erótico, poco más o menos.

Drake casi se ahogó.

—¿Un qué? —jadeó.

—Quiero decir, que estuvo fijándose más en los encantos de las mujeres, que en su trabajo.

—No me ha entendido, *sheriff*.

—¿De veras lo cree así?

—Bueno, no pude dejar de verlas. Una llevaba un bikini que, con mucha generosidad, podría describirse como unos sellos de correos puestos sobre su cuerpo. Otra, la bailarina, se cubría, por decirlo de algún modo, con unas mallas elásticas, ceñidas a su piel. La dueña de la casa lucía un escote hasta el ombligo... La única que vestía con cierta decencia era la escultora, pero también ella tenía mucho que ver. ¿Qué quería usted que hiciera; cerrar los ojos?

Glover sacudió la cabeza.

—Imagino que sufrió usted una barbaridad... ¡Maldita sea! ¿Puede decirme quién mató al pintor, sí o no?

—No.

—Estaba seguro que diría eso —suspiró el grasiento *sheriff* con voz resignada—. Por lo menos, habrá sacado conclusiones... Tendrá alguna idea, extraída de entre las pocas aprovechables que es capaz de tener.

Alan Drake sacudió la cabeza.

—¿Ha leído el informe del forense?

—Sí.

—Entonces ya sabe que la víctima fue narcotizada antes de asestarle la cuchillada...

—He leído ese párrafo. *Nembutal*, según opinión del doctor Barlow.

—Exacto. Y en una dosis desmesurada. Bueno, he vuelto allí esta mañana y resulta que ninguno de ellos toma ese soporífero.

—¿Esperaba que el asesino reconociera que...?

—Espere —le atajó Drake, fastidiado—. Tengo a Hardy y a Smith recorriendo las farmacias de la población. Tal vez alguno de los ocupantes del caserón lo compró, aunque no fuera para utilizarlo él personalmente. Por otra parte, a menos de conseguir una orden de registro en debida forma no puedo registrar toda la casa en busca de un frasco de ese mejunje.

—¿De veras cree que el asesino aún lo guarda?

—Un descuido lo tiene cualquiera, *sheriff*.

—Especialmente, usted. ¿Ha pensado para qué le drogaron, si la idea era cortarle el gaznate?

—Pensé que quizá fue para que no ofreciera resistencia... ¿Qué le parece? De este modo, hasta una mujer bonita y frágil pudo hacer el trabajo.

—Seguro que pudo hacerlo. Pero ¿cuál de ellas?

—Cuando tenga respuesta a esa pregunta, señor, se habrán acabado mis preocupaciones. Pero, por otro lado, hay que tener en cuenta al merodeador. He llegado a la conclusión de que ese tipo existe. Alguien estuvo rondando la casa, estas últimas noches.

—¿No se trataría de uno de esos tarados que espían a las mujeres?

—*Sheriff*, en aquella casa, si apareciera uno de esos individuos y ellas le descubrían, apuesto doble contra sencillo a que lo atrapaban y lo metían a la fuerza en sus respectivos dormitorios. El pobre tipo no tendría ni una oportunidad de salvarse.

Glover le observó un buen rato con mirada perpleja.

—¿Fue eso lo que hicieron con usted, teniente? —preguntó suavemente.

Drake se levantó, fastidiado.

—No, señor. Anoche no. Pero no sería de extrañar que lo hagan cualquier día de éstos...

Giró sobre los pies y salió del despacho bruscamente.

Glover se pasó la mano por la cara. Se aproximaban las elecciones y el suyo era un cargo electivo. Sería un buen argumento para su campaña resolver el asesinato del pintor, llevando al asesino ante el jurado.

Habría que espolear a Drake sin compasión para que obtuviese resultados, y pronto.

El teniente estaba pensando lo mismo, pero por otros motivos. A él nadie tenía que elegirle, desde luego.

Caminó hasta el restaurante donde solía almorzar y comió apenas sin darse cuenta de lo que engullía.

De pronto, levantó la cabeza y su mirada tropezó con unos ojos verdes, casi fosforescentes, que estaban fijos en él.

Drake se levantó como un autómatas. Los ojos le sonrieron con aquella mirada profunda y misteriosa.

—¡Hola! —exclamó, acercándose a la mesa donde estaba sentada Sarah Bosacky—. Usted es la escultora, si no me equivoco.

—No se equivoca. Estuvo interrogándome esta madrugada.

—¿Puedo sentarme? Ya terminé de comer y se me ocurre que podríamos tomar algo juntos. ¿Café?

—Está bien.

Llamó al mozo y pidió dos cafés negros. La hermosa muchacha no apartaba la mirada de su cara.

—¿Ha descubierto ya al culpable, teniente? —Runruneó.

—Aún no. ¿Tiene usted alguna idea al respecto?

—Ninguna. Y le confieso que me he devanado los sesos tratando de imaginar quién tenía motivos para matar al pobre Giacomo... No se me ocurre nadie de cuantos estamos en la casa.

—¿Y el merodeador, qué me dice de él?

—Que es una molestia, desde luego.

—¿Cree que fue él quien mató a Giacomo Luca?

—No me atrevería a afirmarlo... Pero algo malo debe buscar ese individuo, ¿no lo cree usted así?

Drake asintió. Esperó a que el camarero le hubiera servido y cuando se alejó, dijo:

—¿Significa algo para usted el nombre de Sally Browne?

Ella arrugó el ceño, buceando en su memoria.

—No, teniente... No creo haber oído nunca ese nombre.

—No tiene importancia, de todos modos —evadió Drake, saboreando al negro brebaje—. Dígame una cosa, señorita Bosacky. Olvidé preguntarles si en estos últimos días recibieron visitas de extraños en el caserón. ¿Lo sabe usted?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nadie, que yo recuerde.

—Vamos a olvidarnos de todo esto durante un rato —suspiró Drake—. Necesito un poco de relax para recuperar energías.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—¿Tiene planes concretos para esta tarde?

Ella rió.

—No es usted muy diplomático, teniente.

—Soy sólo un pobre polizonte desconcertado y perdido en un laberinto.

—Lo siento, de veras, pero esta tarde he de regresar pronto a la casa. Debo terminar urgentemente un boceto y ya me he retrasado más de la cuenta. Pero me encantará que otro día cualquiera se acuerde usted de mí.

—Palabra que me acordaré de usted a todas horas.

De nuevo, la hermosa escultora rió con aquella risa cálida e insinuante. Se levantó, recogiendo un puñado de revistas de arte que había encima de la mesa.

—Adiós, teniente —murmuró—. Me alegraré de volver a verle... pronto.

Se alejó por entre las mesas, contoneando su estilizado cuerpo. Todas las miradas de los hombres sentados a las mesas la siguieron con interés. Drake suspiró y, recostándose en la silla, se dijo que no tardaría en recordarle a la muchacha esas palabras...

CAPÍTULO V

El hotel Prince, sobre la playa, era un coloso lleno de luces cuando el teniente detuvo su coche ante la marquesina de entrada.

Aún no había empezado la temporada y el hotel carecía de la febril actividad del verano. El recepcionista podía, así, fijarse en quiénes entraban y salían.

—Busco a la señora Sally Browne —le dijo Drake—. ¿Está en su cuarto?

El hombre arrugó el ceño.

—¿Es usted el abogado que ella está esperando?

El teniente sacó su credencial y la puso ante las narices del empleado. Éste bizqueó, palideciendo.

—¡Oh, bueno, policía! —suspiró—. No irá usted a armar un escándalo aquí, ¿verdad?

—Usted se lo dice todo a su gusto. ¿Está esa dama en su habitación o no?

—Ocupa la *suite* 36... Desde luego, está allí. Hace poco pidió un camarero.

—Gracias. Y no es necesario que la avise.

Eran las ocho en punto cuando Drake golpeó con los nudillos la puerta de la dama.

Se abrió casi al instante y el policía se quedó mirando un soberbio ejemplar de la especie masculina.

Era un hombre de unos treinta años, tan alto como el teniente, ancho de hombros y con una cabeza orgullosa coronada de cabello rizado. Sus facciones poseían una extraña belleza, aunque no había en esa belleza ni el menor asomo de afeminamiento.

—¿Qué desea? —Gruñó el hermoso espécimen.

—Sally Browne. ¿Es éste su cuarto?

—Seguro.

Drake asintió con un gesto. Apoyó la mano en el pecho del

hombre y le empujó a un lado, colándose seguidamente sin más explicaciones.

El bello individuo soltó un gruñido y lanzó la derecha hacia adelante. Sus dedos se cerraron con dureza en el hombro de Drake, obligándole a girar como una peonza.

—Voy a enseñarle modales —barbotó.

Drake vio subir el puño izquierdo. No le habría sorprendido oírlo zumbiar como un cohete.

No obstante, casi sintió lástima cuando lo paró sin dificultad. Con el mismo movimiento, su propia derecha se hundió en la barriga del caballero y éste se dobló, cayó de rodillas boqueando y el conato de violencia terminó.

Drake dijo:

—Tómelo con calma, amigo. Sólo soy un humilde teniente de la policía, así que no puede exigírseme modales refinados. ¿Sabe lo que quiero decir?

—¿Po... policía...?

Una voz armoniosa runroneó en alguna parte.

—¿Qué sucede, querido?

Drake miró en su torno. Por entre unos cortinajes apareció la mujer y, si no hubiera estado ya saciado de mujeres espectaculares, hubiera podido caerse de espaldas.

Era alta y bien torneada, con una cabellera rubia desbordándose por encima de sus hombros. Sobre su cuerpo llevaba una prenda que el teniente no supo calificar, semejante a una nube negra. A través de esa nube se hubiera podido leer el periódico.

Sus ojos tenían una mirada voraz y calculadora. Se agrandaron al ver la escena.

—¿Pero qué significa esto, qué te ha hecho ese monstruo, querido?

Drake parpadeó. No le importó oírse llamar *monstruo* por aquella belleza, pero le habría gustado que una mujer, alguna vez, mostrara el mismo interés y la misma angustia por él.

—Soy el teniente Drake —dijo, fastidiado—. Si usted es Sally Browne, he venido para interrogarla.

—¿A mí?

—¿Es usted la señora Browne?

—Sí, pero...

—Entonces, a usted.

El bello Apolo consiguió levantarse, aunque sus piernas no parecían muy seguras.

—No le respondas, Sally... no digas nada —tartajeó.

—¿Quiere que le sacuda otra vez? —preguntó Drake, amablemente.

—¡Presentaré una denuncia contra usted y sus métodos! —chilló el apolíneo ése.

—Cuando lo haya hecho, podrá comerse todo el papeleo. Será para lo único que le servirá... ¿De qué conoce usted a Giacomo Luca, señora?

La mujer contuvo el aliento.

—No sé de quién está hablando, teniente...

—¡No contestes! —chilló otra vez su joven amigo.

Drake le miró de través.

—Dígame... ¿Quién es esa monada, señora?

—Éste... Johnny Parker. Y no tiene usted derecho a...

Drake dio una zancada hasta la puerta y la abrió.

—Largo —gruñó—. No lo repetiré, señor Parker.

—¡Él se queda aquí! —rugió la hembra.

—¿Usted cree?

—¡Ésta es mi *suite*!

—¿Es también la de él, señora? ¿Está casado con usted o algo así?

—Bueno, no, pero...

Drake lanzó la izquierda y antes de que Johnny Parker se diera cuenta, estaba saliendo a una velocidad asombrosa de la habitación.

El teniente cerró la puerta. Al otro lado, oyó el trastazo de un cuerpo al estrellarse contra la pared opuesta y suspiró.

—Ahora quizá podamos hablar pacíficamente usted y yo...

Ella barbotó un insulto poco acorde con una dama.

—Giacomo Luca, ¿recuerda? —dijo Drake por toda respuesta, sonriendo—. Hábleme de él y de sus relaciones con usted.

—Está loco... rematadamente loco...

—El *sheriff* opina lo mismo, en ciertas ocasiones, A propósito, olvidaba decirle que a Giacomo Luca le cortaron el cuello anoche. Por eso estoy aquí, ¿sabe?

Ella se tambaleó. A través de la nube de encajes negros que la

cubrían, todo su hermoso cuerpo sufrió un violento escalofrío.

—¿Muerto? —jadeó.

—Completamente muerto. Degollado.

Ella hubo de sentarse. Su bellísimo rostro perdió el color y quedó tan blanco como la cera.

Drake esperó pacientemente.

—Es horrible —balbuceó ella al fin.

—Bueno. ¿Quiere hablar ya, señora?

Ella asintió con un gesto. Había perdido casi toda su altanería.

—Usted le esperaba hoy a las ocho. ¿Para qué?

—¿Yo?

—Le escribió una nota. ¿Quiere verla?

—No es necesario. Usted gana, polizonte.

—Yo siempre gano.

La mujer suspiró, alterada. Luego dijo:

—No sé nada de ese crimen. Si piensa interrogarme respecto a eso, pierde su tiempo.

—Deje que eso lo decida yo. Empiece por el principio. ¿Cómo conoció a Giacomo?

—Hace algún tiempo... Fue él quien vino a mi encuentro, en San Francisco. Era un muchacho tan adorable...

—¿Usted cree?

—Desde luego que sí. Pero demasiado reservado.

—¿Para qué fue a su encuentro?

—Dijo que podía hacerme ganar dinero... Mucho dinero. Me arrancó la promesa de que todo cuanto yo obtuviera lo compartiríamos al cincuenta por ciento. Acepté porque no perdía nada. Fue todo lo que habló en aquella ocasión. Luego, unos meses después, me llamó por teléfono diciéndome que viniera aquí...

—¿Cuándo llegó usted?

—Hace un mes.

—¿Vio a Giacomo?

—No, sólo me habló por teléfono. Se mostró más misterioso y precavido que nunca. Dijo que había adelantado mucho, pero que era algo muy arriesgado. Yo debía esperar sus instrucciones. Luego colgó.

—Y usted le escribió esa nota...

—No podía soportar más la incertidumbre. Por otra parte, la

estancia en este hotel cuesta mucho dinero y estaba prolongándose demasiado.

—¿Tiene usted una idea de lo que Giacomo estaba planeando?

—Ni la más mínima.

—Pero algo habrá pensado. Por ejemplo, ¿por qué él la eligió a usted y no a otra mujer cualquiera?

—No me cabe duda que fue por una sola razón, teniente. Yo fui la última esposa de Barry Tuckerman.

Drake dio un respingo.

—¡El propietario de la casa donde se alojaba Giacomo!

—Ciertamente. Nos divorciamos hace tiempo... mucho tiempo. Conmigo redondeó su colección, ¿sabe usted? Se había casado otras cinco veces.

—¿Y siempre se divorció de sus mujeres?

—De todas ellas. Yo fui la última.

Drake reflexionaba vertiginosamente.

—Entonces, no cabe duda que Giacomo la llamó por esa razón. Pero ¿con qué propósito? ¿Cómo podía hacer que usted ganara mucho dinero?

—Tal vez con el testamento del viejo... Era un buitres sin entrañas, ¿sabe usted? Le obligué a redactar un testamento a mi favor para acceder a casarnos. Luego, con el divorcio, lo anuló y supongo que lo dejaría todo a su hija.

—Es una idea... ¿Está segura que anuló ese testamento?

—Bueno, segura no, pero me lo hecho en cara. Dijo que lo anularía.

—Pero si no lo hubiese hecho, usted heredaría por lo menos una parte de su fortuna... A propósito; ¿era muy elevada?

—Tenía millones en distintos Bancos, aparte de sus intereses en industrias de acero y cosas así. ¡Cielos, si existiera ese testamento a mi favor...!

—Lo averiguaré. ¿Qué abogado manejaba sus asuntos?

—¿Los de Barry? Un tal Stubbs...

—¿Es el que está esperando usted?

Ella enarcó las cejas.

—No. ¿Cómo sabe que espero a un abogado?

—Lo sé y es suficiente.

Ella sacudió la cabeza.

—Llamé a mi propio abogado, teniente. Quería que estuviera aquí cuando hablase con Giacomo, para que pudiera asesorarme en caso de que el asunto tuviera relación con el testamento.

—Pues se ha retrasado si debía estar aquí a las ocho.

—No tardará mucho.

—¿Qué relación tiene con este asunto, el bonito ejemplar que me ha recibido?

Ella esbozó una sonrisa.

—No le ha sido a usted simpático, ¿eh?

—Demasiado hermoso para mi gusto.

Ella se echó a reír.

—Johnny es tan apasionado... —musitó después—. No sabría qué hacer sin él, teniente.

—Ya veo... Cuídelo entonces. ¡Ah!, casi lo olvido... Ya que está usted aquí desde hace un mes, ¿no le pasó por la imaginación visitar a la hija de su exmarido?

—¿A esa horrible criatura? Ni siquiera la conocí. Estaba en un internado del Este. Creo que salió por aquel entonces, pero se negó a regresar al lado de su padre. El la detestaba, desde luego.

—Un tipo muy curioso, ese Tuckerman. Bien, volveré a verla si necesito hacerle más preguntas. De momento, avíseme si se decide a abandonar la población.

Abrió la puerta y allí estaba Johnny Parker, plantado en el pasillo. Había una mirada asesina en sus hermosos ojos.

—¡Le aplastaré! —jadeó, al ver a Drake—. Voy a presentar una demanda y...

—¡Oh, cierre el pico, hermano!

Se alejó hacia las escaleras, muy preocupado.

El asunto del testamento ofrecía infinitas posibilidades.

Quizá fuera realmente la clave del caso, pensó, mientras en el vestíbulo del hotel consultaba una guía telefónica hasta encontrar un tal Wilkie Stubbs, abogado y procurador.

Tomó nota de su domicilio privado porque supuso que a semejantes horas ya no estaría en su oficina del centro. Luego, apartó su coche de la acera y se fue en su busca.

El señor Stubbs rondaba los sesenta años, era alto, delgado y poseía esa innata seguridad de quienes han llegado a la cima de todo cuanto se propusieron a lo largo de su vida.

En opinión de Drake, debía incluso haber rebasado esa cima, a juzgar por su modo de vivir.

La residencia estaba enclavada en la cumbre de un altivo acantilado al pie del cual se estrellaban las olas, con un rumor constante. La casa solamente, debía haber costado más de medio millón de dólares, y el inmenso terreno poco menos.

El propietario de todo aquello le recibió sólo cuando Drake se hubo identificado, y aún entonces puso en evidencia cuánto le disgustaba su visita.

—Pudo esperar a mañana para visitarme en mi oficina —rezongó, sin invitarle a sentarse—. ¿De qué se trata?

—Del testamento de Barry Tuckerman.

—¿Qué pasa con él? Este asunto ya fue tramitado en su día sin ningún problema.

—Tengo entendido que existía un testamento a nombre de la última esposa de Tuckerman, una tal Sally, cuyo apellido de soltera es Browne. ¿Legalizó usted ese documento?

—Naturalmente. Yo le asesoré. Pero ese testamento fue anulado el mismo día del divorcio entre Barry Tuckerman y esa mujer.

A Drake, el alma le cayó a los pies.

—¿Sin ninguna duda, abogado?

—No comprendo a dónde quiere ir a parar. Mi cliente anuló el testamento y para mayor seguridad firmó incluso, una declaración, especificando sus razones para anularlo. Está en mi caja fuerte, y una copia sellada en el registro oficial que...

—Le creo, le creo. ¿Hizo otro testamento?

—Por supuesto. A favor de su hija Elmira.

El teniente suspiró.

—No voy a entretenerle más, señor Stubbs... Por favor, ocúpese mañana de sacar copias fotostáticas de todos esos documentos y envíelos a mi despacho cuanto antes. ¿Lo hará?

—Quisiera saber por qué...

—Porque se ha cometido un asesinato en la residencia Tuckerman y todos esos detalles podrían tener cierta importancia. Muchas gracias por recibirme, abogado...

Se fue apresuradamente, antes de que el hombre de leyes empezara a hacerle preguntas sobre el crimen. Entonces hubiera debido confesar que no tenía ni una sola maldita idea respecto al

criminal...

CAPÍTULO VI

El *sheriff* Glover dio un mordisco al enorme cigarro puro y gruñó:

—En resumen, todo lo que usted tiene de momento, teniente, es una gran cantidad de nada. ¡Dios bendito! El municipio está desperdiciando su dinero pagándole un sueldo.

—En cualquier caso, no desperdicia lo suficiente como para que yo pueda vivir como un potentado. ¿Qué opina usted de ese lío de los testamentos?

—Conozco al abogado Stubbs. Es una institución, aquí. Si él dice que el testamento fue anulado, no hay la menor sombra de duda de que dice la verdad. Es un hombre recto, incorruptible, y ocupa una posición de privilegio en la sociedad.

—Muy bien, aceptado. Eso nos coloca otra vez en el disparadero. ¿Por qué mataron al pintor, y cómo pensaba éste lograr que la exesposa de Tuckerman consiguiera mucho dinero?

—No lo sé. Es usted quien lleva este caso, teniente, ¿recuerda?

—Sí, claro...

—¿Qué ha averiguado respecto al fisgón misterioso?

—Absolutamente nada, sólo adquirir la certidumbre de que ese individuo existe.

—No me parece mucho, ¿eh?

—Oiga, *sheriff*, estoy haciendo cuanto puedo. No es nada fácil entendérselas con esa tribu de chiflados y eróticas.

—Siento verdadera compasión por usted, teniente, al verle resistir heroicamente los asaltos de esas damas. ¡Maldita sea! ¿Quiere volver allí y exprimirlos a todos como un limón si es preciso? Alguno de ellos lo mató. Vaya y descúbralo.

Alguien llamó a la puerta, con los nudillos. Glover soltó un gruñido y el alguacil asomó la cabeza.

—Teniente —dijo Hardy apresuradamente—. Acaban de llamar

de la casa Tuckerman. Han visto otra vez al fisgón.

Drake suspiró, fastidiado.

—Bueno, iremos a tranquilizar a esa gente —concedió con resignación.

Se dirigió a la puerta. Tras él, Glover refunfuñó una barbaridad, preocupado por las próximas elecciones.

Una vez fuera, Drake dijo:

—No comprendo el comportamiento de ese merodeador nocturno. Si no trata de espiar a las mujeres en su intimidad, ¿qué diablos busca?

—Tal vez se trate del asesino, ¿no cree?

Antes que el teniente pudiera replicar, el timbre del teléfono escandalizó la silenciosa estancia.

El agente de servicio lo descolgó y escuchó unos instantes.

Hizo una seña a Drake y dijo:

—Para usted, teniente. Una dama.

—¿De veras?

Atrapó el auricular.

—Aquí el teniente Drake —exclamó—. ¿Con quién...?

—Soy Pauline, teniente... ¡Oh, santo cielo, creo que lo he descubierto! ¿Puede venir ahora mismo?

—¿Pauline...?

—Pauline Carpenter.

—¡Cuernos! —recordó el diminuto bikini y casi pegó un salto—. ¿Qué es lo que ha descubierto usted, al asesino?

—Por lo menos, el motivo del crimen. Pero no me atrevo... por teléfono...

—Comprendo. Voy para allá ahora mismo.

Colgó y de un salto estuvo en la puerta. Hardy tuvo que correr a todo gas para alcanzarlo y saltar dentro del coche, antes que el vehículo arrancara como un cohete.

Talbot, el marchante, se sirvió otra dosis de buen *whisky* refunfuñó:

—No estoy muy seguro de que sea una buena idea seguir aquí, muchacho.

El barbudo escultor se encogió de hombros.

—¿Crees que el asesino te va a dejar sin esclavos?

El sarcasmo no hizo mella en el marchante.

—Estoy pensando en el trabajo. Desde que llegué, no veo que ninguno muestre una gran actividad. Y yo tengo firmados varios compromisos en San Francisco y Los Ángeles. Creía que aquí, rodeados de comodidades y en paz multiplicaríais el trabajo, pero me equivoqué.

Thomas Hoyle engulló un trago y se echó a reír.

Antes que pudiera replicar, Talbot se levantó de un brinco y señaló el ventanal.

—¡Ahí, Thomas!

El escultor se volvió en redondo y no vio nada extraño.

—¿Qué te pasa?

—¡Alguien ha cruzado agazapado frente a la ventana!

El corpulento y barbudo escultor se precipitó hacia el ventanal y lo abrió de golpe. De un salto estuvo fuera, con todos los sentidos alerta.

No pudo ver movimiento alguno. Junto a él, Talbot se asomó, escuchando con evidente tensión.

—¿Oyes algo?

—Nada —musitó el escultor—. ¿Estás seguro que lo viste?

—Completamente.

—Llama a Henry y daremos una batida entre los tres.

—¿Crees que esa flor de invernadero nos serviría de algo para una cosa así? Iremos tú y yo.

Saltó por encima del alféizar y ambos iniciaron un recorrido de inspección.

Talbot propuso instantes después:

—Mejor será separarnos. Cubriremos más terreno. Si lo descubres, grita y acudiré.

—Lo mismo te digo. Buena suerte.

Se fundieron en las tinieblas, cada uno por su lado.

El silencio volvió a reinar en el descuidado parque. En medio de la negrura brillaban las luces de algunas ventanas del enorme edificio.

Luego, repentinamente, las luces se apagaron todas a la vez.

Comenzaron a oírse voces aquí y allá, indagando las causas del súbito apagón.

Pauline Carpenter se levantó. Había estado sentada en su cuarto,

envuelta en una sugestiva bata transparente, cuando las luces se apagaron. Alarmada, tanteó para dirigirse a la puerta.

Antes de llegar a ella se detuvo en seco, estremecida. Había tenido la impresión de que no estaba sola en el dormitorio.

—¿Quién está ahí? —jadeó.

No obtuvo respuesta, pero el pánico culebreó por sus nervios, sobrecogida de espanto. Aquella sensación viscosa del miedo se agudizó en todos sus sentidos. Sabía que algo se movía en las tinieblas. Estaba segura ahora y temblando retrocedió.

El terror la desconcertó. A oscuras perdió la noción de las cosas y ya no supo si se aproximaba a la puerta o se alejaba de ella.

Necesitaba ayuda cuanto antes...

De modo que chilló.

Su grito vibró en la negrura con el ímpetu de las trompetas del juicio final. En el mismo instante, una dura zarpa surgió de alguna parte y le aplastó la boca, y las llamas del infierno ardieron salvajemente en su pecho, desgarrándolo y la sangre, en un instante empapó la vaporosa prenda de noche que la cubría...

Pauline ya no gritó más.

CAPÍTULO VII

Henry Le Bon chilló:

—Pero ¿qué pasa? ¡Sarah, Elmira! ¿Me oís?

—Tranquilízate, cariño —runroneó la bailarina, junto a la puerta—. Nadie va a atentar contra ti aprovechándose de las circunstancias.

—¡Estás loca! ¿No oíste el grito?

—Claro que lo oí. Deben haberlo oído hasta en la playa.

—¿Dónde están los demás?

—¿Cómo voy a saberlo, querido?

La voz un tanto tensa de Elmira Tuckerman dijo, detrás de la bailarina:

—¿Alguien sabe quién ha gritado?

—¿Elmira, eres tú?

—En cualquier caso, no soy ningún fantasma.

Empezó a oírse el zumbido de un motor que se aproximaba.

—La policía, seguro —suspiró Denise—. Les llamamos por lo del fisgón...

—Iré a recibirlos... sería lamentable que el apuesto teniente tropezara y se rompiera un hueso...

Los pasos de Elmira se alejaron presurosos.

Denise dijo:

—¿Tienes un cigarrillo, corazón?

—¡Deja de llamarme cosas raras, hija! Sí, tengo cigarrillos.

—Pero no te veo...

Una cerilla brilló en la oscuridad. Fuera, se oyó el rechinar de las ruedas del coche sobre la grava.

La cerilla iluminó la alterada cara del pintor. Denise se acercó a él y tomó el cigarrillo que le ofrecía. Encendieron los dos, y en aquel instante las luces brillaron repentinamente, cegándolos.

Henry suspiró. La bailarina exclamó:

—Nunca pensé que me alegraría tanto de estar a tu lado, Henry, palabra.

En el ventanal alguien golpeó los cristales. Se volvieron sobresaltados, y Denise no pudo evitar un grito de alarma al ver la silueta de alguien, allá fuera.

Henry comenzó a retroceder, lívido. Los golpes en el cristal se repitieron.

—¡Maldita sea, Denise! ¿Quieres abrir de una vez? —rugió la voz de Thomas Hoyle.

Ella corrió a la ventana, casi histérica.

—¡Oh, Dios, pensé que era un fantasma o algo así! —chilló la bailarina.

—¿Alguien ha visto a Talbot?

—No...

El escultor se coló por la ventana.

—Salió conmigo. Él dijo que había visto al fisgón y nos separamos para buscarlo. Bueno, no encontré ni rastro, pero oí un grito. ¿Qué pasó?

—No lo sé... Nos quedamos a oscuras...

Se oyeron pasos en el vestíbulo y unos instantes después Hardy y el teniente Drake entraron, seguidos por Elmira.

La mujer llevaba esta vez una suerte de túnica negra que la cubría del cuello a los pies. No obstante, estaba confeccionada de tal modo que resultaba más sugestiva que si ella se hubiera mostrado con sus atuendos habituales.

—¿Dónde están los demás? —Gruñó el teniente.

Sarah Bosacky apareció procedente de la biblioteca.

—Vaya novecita —comentó—. Con apagones incluidos esta vez. ¿Y quién gritó si puede saberse?

—Yo iba a preguntar lo mismo —gruñó Talbot, apareciendo por el portalón de la entrada.

Drake paseó la mirada de uno a otro. Sintió una creciente inquietud cuando dijo:

—¿Y la dama de los pequeños bikinis?

—¡Pauline! —exclamó Sarah—. Cuando nos hemos separado, ella se fue a su cuarto.

—¿Qué habitación ocupa?

—La segunda puerta del pasillo de la derecha —dijo la bailarina.

—¡Hardy, que nadie se mueva de aquí! —rugió Drake.

Subió las escaleras a saltos. La puerta que buscaba estaba abierta y había luz en el interior de la habitación.

Drake se detuvo en el umbral como herido por un rayo.

Después, poco a poco, se aproximó al cuerpo derribado, a la sangre que se extendía.

Aquélla era la mujer que le había llamado. No pudo contener una sarta de juramentos y rechinó los dientes salvajemente.

El cuchillo había realizado un trabajo seguro, pensó. Lo que estaba viendo resultaba nauseabundo. Vio los ojos desorbitados de la mujer, semejantes a grandes globos de cristal, fijos en el techo.

Tras unos instantes, retrocedió, poco a poco, examinando la habitación con mirada experta. Nada aparecía desordenado, de modo que la muchacha debió morir inesperadamente, sorprendida en la oscuridad por un asesino al que ni siquiera pudo ver...

Cerró la puerta y salió al pasillo, con una sorprendente sensación de vacío dentro de él. Estaba seguro que aquella mujer había recurrido a él porque pensó que podría protegerla... y le había fallado.

O el asesino se había movido mucho más rápido de lo que nadie pudo sospechar.

Llegaba a las escaleras cuando Hardy, abajo, bramó:

—¡Quieto ahí!

Drake se precipitó escaleras abajo, llegando a tiempo de ver a su esquelético ayudante salir por la puerta principal.

—¿Qué pasó? —dijo a gritos.

—Alguien nos espiaba desde la ventana —balbuceó Elmira.

Drake no perdió ni medio segundo. Corrió a la ventana, la abrió y de un brinco saltó al jardín.

Hardy llegaba trotando.

—¡Vuelva adentro! —le gritó—. ¡Qué nadie suba las escaleras...!

—¡Lo vi, teniente... hacia los árboles!

Drake puso a prueba sus entrenamientos, los constantes ejercicios a que solía someterse con frecuencia para mantenerse en forma. Corrió como un rayo, moviéndose con ágiles y medidas zancadas. Antes de llegar a los árboles vio deslizarse una sombra frente a él y rugió:

—¡Deténgase!

Levantó el pesado revólver de reglamento y apenas sin apuntar, apretó el gatillo.

La tremenda detonación estremeció la noche. Luego, sonó un grito y alguien rodó por encima de la seca hojarasca con un sordo ruido.

Drake llegó junto al hombre derribado. Dirigió el cañón del revólver hacia abajo y gruñó:

—¡Aparte los brazos del cuerpo o le mato!

—¡No dispare...!

—¡Levántese!

—¡Maldito! ¿Cómo quiere qué...? Me ha herido en la pierna...

A Drake aquella voz le recordó a alguien. Agazapándose, hurgó la nuca del hombre con el cañón del revólver y ordenó de mal talante:

—Vuélvase poco a poco y con las manos vacías. No haga tonterías porque le vuelo los sesos.

El individuo se movió en medio de constantes quejidos. Drake soltó un juramento al reconocerlo.

—¡Que me condene! El bello Apolo...

—¡Llame a un médico, maldito polizonte!

—De modo que usted era el fisgón, ¿eh?

—¡Qué fisgón ni qué...!

—Hombre, no vaya a negarlo ahora. ¿De qué le serviría? Vamos, le ayudaré a levantarse... ¿Lleva usted armas?

Johnny Parker soltó un sordo juramento.

—¿Qué infiernos cree que es esto, una película de gangsters? No sea ridículo...

La experta mano del policía le registró en unos instantes. Desde luego, no llevaba arma alguna.

Drake le ayudó a levantarse, examinándole la pierna al mismo tiempo. Tenía la herida en el muslo izquierdo y la sangre le empapaba el pantalón y el zapato.

—Apóyese en mí y vamos a la casa, —refunfuñó—. ¿Qué infiernos buscaba espiando a esa gente noche tras noche?

—¡Usted está loco! Ésta es la primera vez que vengo... nunca antes había estado aquí.

—¿Quiere tomarme el pelo? Mire, Parker, estoy harto de este asunto, de modo que no me plantee más problemas. A menos que

desea verse acusado de asesinato, ¿eh?

El guapo adorador de Sally Browne se detuvo en seco, casi olvidado del dolor de la herida.

—¿Asesinato? —barbotó, rechinando los dientes—. ¡Inténtelo y verá la que le organizo! Le demandaré... Puedo ofrecer una coartada a prueba de bomba para la otra noche, cuando mataron a ese Giacomo de los demonios...

Drake soltó una risita.

—¿También tiene una coartada a prueba de bomba para esta noche, para ahora mismo?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que se ha cometido otro asesinato, mi amigo... igual que el primero, a cuchilladas. Y usted estaba aquí. ¿Eh, qué le parece?

Parker estuvo a punto de caerse de espaldas. Le temblaban las piernas y apenas si recordaba que estaba herido de un balazo.

—¡Usted no puede cargarme a mí con el crimen! —chilló fuera de sí.

—Sí... sí, claro.

—Veremos. ¿Ya no quiere llamar al médico?

Llegaron a la casa y su entrada causó sensación. Todas las miradas se fijaron en el apuesto desconocido. Elmira enarcó las cejas y murmuró:

—Si hubiese sabido que el fisgón era tan guapo, le habría invitado a entrar... ¿Estás herido, cariño?

Johnny Parker la miró con ojos desorbitados. Luego, se desplomó sobre el diván.

Sarah Bosacky se colocó junto a Drake y susurró:

—¿Encontró a Pauline?

—Sí, pero muerta.

La escultora contuvo un grito. Drake descolgó el teléfono y llamó al hospital y al doctor Barlow.

Encendió un cigarrillo y se enfrentó con el círculo de carastensas que le observaban con el terror aleteando en los ojos.

El gruñó:

—Pauline Carpenter ha muerto asesinada a cuchilladas, en su habitación. Supongo que convendrá conmigo en que el asesino está aquí, en esta sala, de modo que vamos a tratar de terminar con esta pesadilla de una vez. ¿De acuerdo?

Nadie respondió. Estaban demasiado impresionados.

De manera que el teniente comenzó con la rutina de los interrogatorios, aunque en su fuero interno estaba seguro de que por ese procedimiento no llegaría a ninguna conclusión satisfactoria...

—Total —masculló el *sheriff*—, que todos ellos pudieron cometer el crimen.

—Poco más o menos. Cada uno de ellos y ellas, estaba solo en el momento de apagarse las luces. Después fueron reuniéndose a cortos intervalos de tiempo...

—¿Le parece que podemos acusar a ese hermoso ejemplar que trajo con una bala en el muslo?

—Sinceramente, no creo que él sea el asesino, *sheriff*.

—Lástima. Me gustaría poderle endosar un crimen, por lo menos...

Por la ventana se insinuaba la primera luz del alba. Drake suspiró. Casi había olvidado la última vez que durmiera una noche entera.

Con voz cansada dijo:

—Me gustaría que pidiera usted a la policía de San Francisco los posibles antecedentes de todos esos tipos, *sheriff*, incluyendo a las mujeres, naturalmente.

—Eso es fácil. ¿Qué piensa hacer usted ahora?

—Largarme a la cama.

—¿Qué?

—¡Acostarme! —bufó Drake—. Apenas puedo sostenerme de pie.

—¡Hermoso! —estalló Glover—. ¡Qué ejemplo, teniente!

—Miré, déjese de cuentos. Si sigo muerto de sueño no puedo pensar con un mínimo de brillantez...

—Ni despierto tampoco.

—Entonces, ¿por qué infiernos no toma el caso en sus manos, *sheriff*? Se lo cedo encantado, palabra.

El rostro mofletudo de Glover se congestionó de manera alarmante, de modo que el teniente pensó que lo más seguro era poner una buena distancia entre él y el *sheriff* antes que éste estallara.

Cuando cerró la puerta a sus espaldas, soñoliento y fastidiado, el

policía de servicio comentó:

—Usted tiene la asombrosa habilidad de sacarlo de sus casillas, teniente. ¿Cómo se las arregla para conseguirlo?

—Creo que eso es un don sobrenatural. Cuídelo si empeora...

Se dirigió a su apartamento y apenas apoyó la cabeza en la almohada quedó profundamente dormido.

Dio un brinco, espantado, cuando el teléfono rompió a sonar con estridencia.

Quedó sentado en la cama, mascullando entre dientes. Un instante después se había despejado lo suficiente como para comprender que todo aquel estrépito era debido al timbre del aparato.

De modo que descolgó el auricular de un zarpazo y bramó:

—¡Hable!

—¿Teniente?

La voz de Hardy sonaba rasposa como el chirrido de una sierra.

—¿Qué pasa ahora?

—Otro muerto, señor.

Eso le despabiló dolorosamente.

—¿Otro? —jadeó—. ¿A quién le ha tocado esta vez?

—Nadie lo sabe.

Enarcó las cejas. Tal vez Hardy estaba volviéndose tarumba.

—Nadie lo sabe —repitió como un eco—. Entonces, Hardy, ¿cómo mil diablos sabe usted que hay otro fiambre?

—Porque acabo de verlo.

—Mire, por lo que más quiera, hable con sentido común, ¿sí?

—Quiero decir, teniente, que el fiambre es un desconocido. Está entre la arboleda del parque, detrás del caserón.

—¿Ha llamado al *sheriff*?

—Seguro, pero como si no. Ya sabe lo que quiero decir.

—Muy bien, iré a reunirme con usted, Hardy. Océpese de que nadie toque al tipo, ni que pisoteen el terreno a su alrededor.

—Ya he dado instrucciones sobre eso.

Colgó, bostezando. Miró el reloj. Había dormido exactamente tres horas y seis minutos.

Se vistió, y bajo un sol radiante se dirigió a la residencia Tuckerman.

Los artistas, el marchante y Elmira estaban sentados al aire libre, en torno a una gran mesa protegida por un espacioso parasol. Sobre la mesa se multiplicaban los vasos y las botellas.

Drake se detuvo a un paso del grupo.

—¿Dónde está el alguacil? —barbotó.

—Al otro lado de la casa, en el bosquecillo... Le acompañaré.

Elmira Tuckerman se levantó. Denise lo hizo también y colgándose del brazo del teniente decidió:

—Yo le llevaré hasta el lugar del crimen, querida... ¿Vamos, teniente?

Doblaron la esquina del caserón. Drake suspiró.

—Si quisiera hacerme el favor de devolverme el brazo, primor...

—¡Oh!, no sea esquivo, cariño. ¿Hubiera preferido a Elmira acaso?

—Preferiría tener libertad de movimientos.

Ella le apretó todavía más, runruneando como una gata satisfecha.

—Me siento tan segura junto a usted...

—Yo no, junto a usted.

—Dígame la verdad, teniente, ¿sí?

—¿Sobre qué?

—¿No le intereso ni tanto así... no le gusto ni un poquito tan sólo?

—Está loca, sin duda alguna.

Ella rió entre dientes. Entonces, de entre los troncos salió el alguacil saludando con la mano a su jefe.

—Está aquí, teniente.

Drake se desprendió de la muchacha, y sorteando los troncos llegó hasta donde reposaba el cadáver.

Éste correspondía a un hombrecillo delgado, de corta estatura y cabeza grande y calva. Su cara era de piel muy blanca, casi transparente.

—¿Le había visto alguien alguna vez? —refunfuñó Drake.

—Se lo pregunté a todos. Nadie le había visto nunca —replicó el alguacil.

—¿Qué dice usted, Denise?

—Lo mismo. Jamás vi a ese pobre tipo.

El policía se inclinó, ladeando un poco el cuerpo. Tenía la

espalda empapada de sangre. Le habían matado con un cuchillo, asegurándose el asesino de que estuviera bien muerto.

Tras esto, comenzó a reconocer los alrededores. No había el menor rastro de que el cuerpo hubiera sido arrastrado, lo que indicaba que había encontrado la muerte en el mismo lugar donde yacía.

Por lo demás, la espesa capa de hojarasca seca no había conservado tampoco ninguna huella de pisada.

Volvió al lado del cadáver y procurando no mover las ropas registró sus bolsillos.

—¿Qué le parece, teniente; le mataron aquí? —inquirió el alguacil.

—Seguro que sí.

Nada de cuánto halló en los bolsillos del muerto servía para identificarle. Tampoco llevaba documento alguno.

Las ropas que vestía eran de buena calidad, aunque de mal corte. La etiqueta del traje correspondía a unos almacenes de San Francisco. También el estuche de cerillas contenía el anuncio de un club de aquella ciudad.

Drake se apartó, pensativo. Ese nuevo cadáver descomponía violentamente lo poco que había conseguido ordenar en su mente.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó de repente.

Fue Denise quien respondió.

—Fue Henry, teniente —dijo—. Había salido a dar un paseo y se ha tropezado con este obsequio.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—No lo sé... tal vez una hora.

—¿Nadie acompañaba al pintor en su paseo?

—Iba solo.

Hardy indagó, esperanzado:

—¿Cree que lo haya matado él, teniente?

—No. Por lo menos, no lo mató cuando dijo que lo había encontrado. Ese tipo lleva muchas horas muerto. Claro que pudo liquidarlo anoche y esta mañana fingir que lo descubría por casualidad...

—¿Quién, Henry? —saltó Denise—. Usted no le conoce, teniente... Se hubiera muerto antes de utilizar un cuchillo. Es demasiado delicado, si sabe lo que quiero decir.

—Lo sé desde que le vi por primera vez. Pero alguien lo acuchilló, y sea quien sea lo hizo anoche, poco antes o poco después de matar a Pauline. ¿Ha llamado al doctor, Hardy?

—Aún no. Después de llamarle a usted volví aquí para estar seguro de que nadie tocaba nada.

—Bueno, volvamos a la casa y telefonee usted al hospital.

La bailarina murmuró:

—¿No va usted a buscar pistas por los alrededores, teniente? Ya sabe... huellas, pisadas... Algo que se le cayera al asesino. Cosas así.

—Con esta clase de suelo, cubierto por un palmo de hojarasca seca... Olvídelo. Este asesino no es tan idiota como los que nos presentan en la televisión.

Regresaron a la casa y el alguacil entró en ella para telefonar. Drake paseó la mirada por encima de todos los reunidos en torno a la mesa.

—El tipo vino desde San Francisco —dijo de sopetón—, lo mismo que todos ustedes.

Nadie replicó.

Sólo al cabo de unos instantes, Talbot gruñó:

—¿Qué quiere dar a entender con eso, teniente?

—Saque sus propias conclusiones. Cuénteme como encontró ese fiambre, Le Bon.

El pintor estaba lívido todavía. Sus ojos claros parecían vagar por una galaxia remota y aterradora.

—¿Qué quiere que le diga? —balbuceó—. Había salido a respirar el aire libre. Estaba terriblemente impresionado por los sucesos de anoche... La muerte de la pobre Pauline y todo lo demás... Bueno, caminé sin rumbo considerando seriamente la idea de regresar a San Francisco inmediatamente. De pronto, me encontré con el cadáver y le juro que estuve a punto de desmayarme... ¡Fue horripilante, teniente!

—¿Tocó el cuerpo, quizá?

—¿Yo? —chilló, casi histérico—. ¿Tocar yo aquella cosa horrible? ¡Por supuesto que no!

—Y según mi ayudante, ninguno de ustedes le conoce...

Hubo un coro de negaciones. La voz tensa de Elmira Tuckerman dijo por todos:

—Nunca le habíamos visto. ¿Es que sospecha de nosotros,

teniente?

—Seguro. Uno de ustedes lo mató, sin la menor duda.

Encendió un cigarrillo, acercó una silla y se dejó caer sentado en ella.

—Lo mataron anoche, aproximadamente al mismo tiempo que a Pauline Carpenter —explicó—. El asesino está mostrándose muy activo cerrando bocas, pero al final caerá, pueden estar seguros.

Talbot dio un respingo.

—¡Usted olvida al fisgón de anoche! ¿Es que no se da cuenta? Él estuvo rondando por el jardín. Debió matarlo, si ese pobre hombre le sorprendió.

—Olvídelo. Johnny Parker es un bastardo que vive a costa de las mujeres gracias a su físico, pero no es el asesino.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Entre otras razones, porque para el primer asesinato tiene una coartada a prueba de bomba, tal como él dijo. La hemos comprobado y no existe ni la sombra de una duda. Mientras el pintor, Giacomo, era asesinado, Parker estaba en el hotel bebiendo hasta casi emborracharse. Varios miembros del personal lo atestiguan. Y si no cometió aquel crimen tampoco cometió los otros, porque hay solamente un asesino.

Se miraron desconcertados. Sobre todos ellos parecía flotar ahora el fantasma del recelo y la desconfianza.

Sarah Bosacky murmuró:

—No sé qué decidiréis vosotros, pero yo regreso a San Francisco inmediatamente.

Drake sacudió la cabeza.

—Eso no es posible por el momento, señorita —dijo, mirándola fijamente—. Todos ustedes deben permanecer aquí hasta que se aclare este asunto.

—¡Usted no puede obligarnos a quedarnos aquí para que nos asesinen uno a uno! —protestó la muchacha.

—El asesino no mata gratuitamente. Pero de cualquier modo, el que no desee seguir en esta casa puede instalarse en un hotel de la población. Y ahora empecemos con la inútil rutina de costumbre...

Una vez más, inició la ronda de preguntas y respuestas.

También una vez más el interrogatorio no le sirvió para maldita la cosa.

CAPÍTULO VIII

Encerrado en su despacho, Drake examinaba unos documentos cuando el *sheriff* empujó la puerta y entró sombrío.

—Aquí tiene las copias que le pidió al abogado Stubbs —gruñó—. ¿Ha hecho usted algún progreso, teniente?

—Creía haberlo hecho, pero ese último fiambre me ha desbordado. No encaja por ninguna parte.

Glover masculló un juramento.

—Todo el mundo está alterado —dijo—. El alcalde me ha llamado esta mañana para saber qué diablos estábamos haciendo. No se anduvo por las ramas, ¿sabe? Nuestro deber es cazar a ese engendro sanguinario cuanto antes, o, de lo contrario, caerá más de una cabeza.

—¿Le ha expuesto usted la situación en que nos encontramos?

—Ni siquiera ha querido escucharme. Dijo que sólo escucharía lo queuviésemos que decirle cuando podamos ofrecerle el caso resuelto.

—Ya veo...

—¿Pía sacado algo en limpio de esos informes de la policía de San Francisco?

—Estaba estudiándolos, cuando usted entró. En principio, no parece que ninguno de esos artistas haya tenido cuentas con la ley, antes de ahora.

—Eso no quiere decir nada. Sabe usted perfectamente que nadie es un criminal hasta que mata por primera vez. Antes de eso puede haber sido una persona completamente normal.

Drake asintió, desalentado. Dio un vistazo a los documentos que el *sheriff* había dejado sobre su mesa, comprobando que el abogado había dicho la verdad respecto a los testamentos del difunto Barry Tuckerman. La declaración jurada que acompañaba a la anulación del testamento en favor de Sally Browne no ofrecía dudas.

—Otra puerta que se nos cierra —refunfuñó.

—Procure que no le abran la de la calle, teniente —refunfuñó el *sheriff* abandonando la oficina.

Drake volvió a enfrascarse en la lectura de los informes remitidos por el Departamento de Policía de San Francisco.

No pasó mucho tiempo sin que la puerta se abriera otra vez. El agente de servicio asomó la cabeza y anunció:

—Está aquí la señorita Bosacky. Desea verle, teniente.

—Hágala entrar.

Sarah Bosacky llevaba un vestido veraniego de ancho vuelo. A Drake se le antojó una visión vivificante en medio del sombrío entorno en que se hallaba sumergido.

—Siéntese. Me alegro de verla.

Ella sonrió. Cuando se hubo instalado en una silla de respaldo recto sacó un cigarrillo y esperó a que él le diera lumbre.

—Ahora —dijo el policía—, cuénteme el motivo de su visita. La Observó por entre el humo del tabaco. Era tan hermosa que daba vértigo.

—He decidido abandonar el caserón, teniente —dijo la escultora—. Ya no soporto más esta situación.

—Lo comprendo perfectamente. ¿Dónde piensa alojarse?

—Acabo de tomar una habitación en el hotel Plaza. Sólo que allí no puedo trabajar y mi situación financiera no es muy boyante en la actualidad... ¿Puede decirme cuánto tiempo piensa usted que necesitará retenernos aquí?

—Lo ignoro. Pero déjeme decirle que celebro su decisión.

—Aquella casa se ha convertido en una pesadilla, un infierno, con todos sospechando de todos, siempre tensos y vigilantes... esperando que el criminal descargue otro golpe.

Drake abandonó el montón de papeles y acercándose a la hermosa muchacha preguntó:

—¿Le apetece tornar algo fresco? Me disponía a salir cuando usted ha llegado.

—Gracias.

La tomó del brazo y salieron juntos del despacho.

Justo cuando llegaban a la puerta de la calle se abrió la que correspondía a la oficina del *sheriff* y éste apareció. Sus ojos se desorbitaron al ver al teniente llevando tan hermosa acompañante.

Luego, los dos desaparecieron y Glover se dio a todos los diablos.

Había un pequeño bar en la esquina y la pareja se instaló en una diminuta mesita. Pidieron las bebidas y el teniente dijo:

—¿Alguno más de los invitados al caserón está pensando en abandonarlo?

—Tal vez Denise, pero no estaba muy segura de lo que haría.

—Dígame una cosa, Sarah... Bueno, no le importa que la llame así, ¿verdad?

—Lo prefiero.

—¡Ajá! ¿Recuerda de quién fue la idea de venir a residir a casa de Elmira? Me refiero a cuando estaban todos en San Francisco, claro.

Ella arrugó el ceño, tratando de recordar.

El mozo trajo las bebidas. Drake ni siquiera las vio absorto en la contemplación del bellissimo rostro de Sarah.

—No lo sé —dijo ésta, al fin—. La primera vez que alguien me habló de venir aquí estábamos en una exposición de pintura. Creo que fue Giacomo... Sí, eso es; Giacomo estaba a mi lado cuando me lo dijo.

—¿Conocía usted a todos los otros, antes de coincidir en la residencia Tuckerman?

—Por supuesto. La única desconocida para mí, cuando Giacomo me habló de eso por primera vez, era Elmira, aunque la había visto un par de veces en otras tantas fiestas.

Ella tomó el vaso y bebió un sorbo. Así advirtió Drake que las bebidas estaban allí y también bebió pensativo.

De pronto dijo:

—¿Sabe una cosa? Usted no encaja en el rompecabezas.

—¿Por qué?

—Hasta ahora, todos los relacionados con este tenebroso asunto son ejemplares fuera de lo común. Todos tienen algún complejo para llamarlo de alguna manera. Especialmente las mujeres, obsesionadas en llamar la atención a los hombres. Ya sabe, Elmira y sus túnicas, y su insistencia en atraerlos. Denise y su descaro provocativo. La pobre Pauline, empeñada en mostrarse apenas cubierta por pequeños bikinis... ¿Cuál es su manía, Sarah?

Ella se echó a reír.

—Quizá coleccionar tenientes de policía —dijo, socarronamente.

—Opino que podría elegir otros trofeos más apetecibles. En serio, muchacha, ¿todos los artistas están así de chiflados, o qué?

—Poco más o menos. Por lo menos, mientras no ganan demasiado dinero. Cuando tienen éxito y fortuna se convierten en máquinas sin alma igual que el resto de los mortales.

—Creo que entiendo lo que quiere decir. Y por este motivo me atrevo a desear que usted no tenga éxito jamás, para que siempre siga siendo como es ahora...

—Usted también es un tipo raro para ser policía, teniente.

—Mire, llámeme Alan, ¿quiere? Eso hará que me sienta mucho más humano.

—¿Está usted casado?

El dio un respingo.

—¡Por supuesto que no!

—Era sólo una pregunta.

—Cuando una mujer empieza a formular esta clase de preguntas a un hombre, es que está pensando en cazarlo. ¿Está usted pensando en cazarme, acaso?

—Ni por asomo.

—Eso me tranquiliza —suspiró Drake—. Bebamos.

Vaciaron los vasos y él hizo seña al mozo para que volviera a servirles.

Sarah dijo:

—Me intriga la forma como un hombre como usted puede soportar la monotonía de un lugar pequeño como éste... ¿Me equivoco, al suponer que no nació usted aquí?

El sacudió la cabeza.

—Fue un momento de debilidad por mi parte... Verá yo era sargento de la Brigada de Homicidios, en San Francisco. Sabía que pasarían años antes de ascender y el porvenir no se presentaba muy brillante. Entonces llegó la solicitud del alcalde de esta ciudad pidiendo un oficial profesional para agregarlo a la oficina del *sheriff*. Me lo propusieron... creo que deseaban librarse de mí. Venir aquí significaba un ascenso automático, vivir en un lugar tranquilo, con pocos gastos y casi en la misma playa. Bueno, me dejé tentar y ascendí a teniente. Y aquí estoy.

—Y ahora ya no soportaría vivir en una gran ciudad, ¿no es así?

—Poco más o menos.

—Pero vivir solo...

—Uno se acostumbra. Tengo un buen apartamento, una terraza sobre el mar, muebles cómodos. Y hasta alguna que otra vez puedo acostarme en mi cama y dormir —terminó, con sarcasmo.

—¿Y es usted feliz?

El la miró, asombrado.

—¿Alguien sabe en qué consiste la felicidad? Y no me diga que se obtiene pasando por la vicaría, linda.

—En todo caso, yo debo ser muy infeliz porque nunca pasé por una vicaría —rió la muchacha, mientras el mozo dejaba dos nuevos vasos sobre la mesita.

Drake no podía apartar sus encandilados ojos del hermoso rostro de la muchacha. Pensaba que nunca antes había visto nada tan bello, tan juvenil y puro, como aquella cara de labios y ojos profundos y limpios.

Ella sacudid la cabeza, sonrió y dijo con ironía:

—Tiene una expresión alarmante, Alan... De cualquier modo, no lo intente. Estamos en un lugar público, ¿sabe?

—¿De qué está hablando? Yo sólo la miraba.

—Estaba pensando en besarme.

—¿Es también clarividente?

—No se necesita serlo. Su expresión hablaba por sí sola.

—Bueno, ¿y si lo hubiese hecho?

—¿Aquí, en público? Se hubiera ganado un sonoro bofetón, por supuesto.

—Ya veo... Por el público, supongo.

—Naturalmente.

—Ya veo —repitió.

Tomó el vaso y lo vació rápidamente.

—Beba —dijo—. Detesto los lugares públicos desde hace un minuto.

Ella apuró su bebida. Drake fue al mostrador y dejó unas monedas sin esperar el cambio.

Caminaron por la acera en silencio. La calle descendía en suave pendiente hacia la playa. El sol se hundía en el ocaso y sobre el mar parecían flotar llamas doradas.

De pronto, Sarah murmuró:

—¿Siempre es tan hermoso el mar, Alan?

—Espere a verlo desde un buen observatorio.

El edificio de apartamentos se alzaba como surgiendo de la roca viva. Subieron en un rápido ascensor y Drake abrió, después, la puerta de su piso.

—Es una leonera desordenada, pero me gusta así —dijo al cerrarla detrás de la muchacha—. Venga...

La tomó de la mano y atravesaron el apartamento hasta la gran terraza.

Desde aquella altura, como suspendidos sobre las olas, el mar se extendía profundo y azul hasta el infinito. Abajo, las olas bordaban blancos encajes de espuma al estrellarse una y otra vez contra el roquedal. Apenas si hasta ellos llegaba un suave rumor de gorgoteo.

Sobre el agua, el sol en el ocaso encendía chispas de luz dorada que flotaban como fuegos fatuos hasta el horizonte, apagándose y encendiéndose, palideciendo a medida que el astro rey desaparecía poco a poco.

Sarah suspiró ante el maravilloso espectáculo que la naturaleza ofrecía ante sus ojos.

—Alan, es sobrecogedor —susurró.

—Cuando el sol se haya ocultado del todo, la besaré.

Ella asintió con un gesto. No hablaron una palabra más. Luego, las chispas doradas de luz se desvanecieron y el azul del mar se oscureció. Por unos instantes el mundo pareció quedar en silencio, como si al ocultarse el sol todo se hubiera detenido, hasta la propia vida.

Drake tendió las manos y ella fue a su encuentro. La abrazó, apretándola sobre su pecho. Se miraron profundamente a los ojos, estremecidos por el mágico instante que vivían. Después, él inclinó la cabeza, y la muchacha le ofreció los labios palpitantes. Se besaron y a su alrededor todo se difuminó, como si se sumergieran en un sueño del que no se desea despertar jamás.

Luego ella susurró:

—¿Cree que ahora debería protestar, hacer un poco de teatro y todo eso?

—No me parece que eso te sirviera de mucho.

—No, creo que no.

Volvieron a besarse una y otra vez.

La oscuridad fue adueñándose de la tierra y del mar.

Las sombras invadieron la terraza. Un silencio cómplice reinaba a semejante altura.

Al cerrar la noche la terraza estaba desierta.

CAPÍTULO IX

Sally Browne fulminó a Drake con la mirada, cuando éste entró en su *suite* del hotel.

—¡Usted! —barbotó—. ¿Qué quiere, ahora?

El teniente vio al atractivo gigoló tendido en un diván, con la pierna herida inmovilizada. Johnny Parker tenía mal aspecto.

—Debería agradecerme que no encerrara a su amigo en una celda, ¿sabe? —dijo, colándose en la habitación.

Parker gruñó:

—Pudo haberme matado.

—Claro. Pero sólo le metí el plomo en una pierna así que no se queje. Le grité que se detuviera y usted no obedeció, de modo que piense que si en lugar de ser yo quien disparó hubiera sido cualquier otro, el *sheriff* por ejemplo, ahora estaría usted muerto.

—¿Qué diablos quiere decir con eso?

—Que yo soy un excelente tirador de revólver. Los demás disparan al bulto. Eso es lo que quiero decir.

—¿Ha venido a darme explicaciones por su salvajada, es eso?

—Vine para hacerles un par de preguntas. Usted juró que cuando le herí era la primera vez que merodeaba alrededor de la casa de Elmira Tuckerman.

—¡Dije la verdad!

—¿No había estado dando vueltas por allí, otras noches? Piénselo, Parker. La verdad, en lo que a eso respecta, no puede perjudicarlo.

Fue Sally la que habló por él.

—Johnny está diciéndole la verdad. Ésa fue la única noche que fue a espiar la casa. Y eso porque yo se lo pedí.

—¿Por qué le mandó hacerlo?

—Porque estaba intrigada. Algo está sucediendo en aquel antro de locos, y si Giacomo dijo que yo podría sacar dinero de ello, me

interesaba.

—Ya veo. Otra cosa, Parker... Mientras estuvo rondando las ventanas, ¿no oyó nada en el jardín, no vio a nadie?

—En absoluto.

—¿Está seguro? Reflexione, amigo, porque es importante. ¿No oyó pasos, ni voces, entre los árboles que hay detrás del caserón?

Johnny arrugó el ceño.

—¿Quiere decir que había alguien allí, espionando también igual que yo?

—Lo hubo. Y no tuvo tanta suerte como usted. Le asesinaron.

El rostro del gigoló adquirió un color terroso.

—¡Otro asesinato... y allí...! —jadeó.

—Justo cuando usted rondaba el jardín. Le acuchillaron por la espalda y le aseguro que hicieron un buen trabajo. Pensé que quizá usted habría oído algo, aunque entonces no le diera importancia.

—Nada, teniente...

En la cara angulosa del policía había una expresión rara, tanto, que empezó a intrigar a Johnny Parker.

—Teniente —murmuró, de pronto—, tengo la impresión de que usted no ha venido solo para hacerme esa pregunta...

—Acierta. Quise advertirle, al mismo tiempo.

Hombre y mujer cambiaron una mirada perpleja.

—Advertirme —repitió intrigado Parker—. ¿De qué?

—Bueno, el asesino debe estar muy inquieto a estas horas. Sabe que usted estaba merodeando en el jardín y en el instante en que él cometía su crimen. Quizá piensa que usted vio algo o que puede identificarlo. ¡Qué sé yo! Uno nunca puede sospechar lo que pasa por el cerebro de un carnicero como ése.

Ahora, la cara del guapo adorador de Sally Browne se puso verde.

—No habla en serio, teniente... —jadeó.

—Nunca en mi vida hablé más seriamente.

—¡Pero si yo no vi nada!

—Estoy hablándole de lo que el asesino puede pensar... Él no sabe con certeza si usted le vio o no, o si oyó cualquier cosa. Tal vez la víctima pronunció un nombre, antes de morir... Si yo estuviera en su lugar, Parker, viviría prevenido.

—¡Dios! Eso es una locura...

—Empezó a temblar lastimosamente. Con voz ahogada, murmuró al cabo de unos instantes:

—¡Voy a marcharme de aquí inmediatamente!

Drake sacudió la cabeza.

—Nadie abandonará la ciudad hasta que estos crímenes se hayan aclarado. Pero viva prevenido, Parker, eso es todo.

—¡Usted no puede retenernos sin un motivo más concreto! — protestó la mujer.

—Ya lo creo que puedo. Y lo haré.

Se dirigió a la puerta, pero antes de llegar a ella se volvió.

—Olvidaba una pregunta, señora. He recorrido toda la casa de Elmira, donde usted vivió mientras estuvo casada con Barry Tuckerman, y sólo he visto una fotografía de él, una grande que hay en un marco negro, en la biblioteca. ¿No había otras en ninguna otra parte?

—Sí... Había fotografías de Barry, de su primera mujer, de su hija, de cuantas mujeres estuvieron casadas con él, y creo que incluso guardaba las de sus amigas. Había fotografías por todas partes.

—Pues ahora no queda más que esa grande de la biblioteca.

—La hija habrá decidido barrer todos esos esperpentos.

—Incluyéndola usted...

—¿Qué?

—Dice que también su propia fotografía estaba allí...

Se interrumpió. Drake sonrió y abrió la puerta.

Tras él, la mujer rió.

—¿Sabe usted? Es la primera vez que me llaman esperpento.

—Fue usted quien pronunció esa palabrita. Ya nos veremos, señora.

Se fue, dejando a un aterrado gigoló retorciéndose de angustia en el diván.

Tras unos instantes de silencio, Sally murmuró entre dientes:

—¿Te das cuenta de que no ha mencionado para nada el asunto del testamento?

—¿Y qué con eso? Olvídalo de una vez. Tú sabes que lo anuló.

—Yo sé que él dijo que lo haría, pero ¿lo anuló?

—¡Maldita sea! Habla con el abogado de Tuckerman y acabemos de una vez. Quiero irme de aquí. ¿Es que no te das cuenta de lo que

ha dicho ese polizone? ¡El asesino puede haberme marcado a mí también!

—No empieces a temblar ahora, querido... Creo que visitaré a ese abogado. No puedo quitarme de la cabeza que Giacomo Luca murió a causa de que iba a proporcionarme los medios de obtener una fortuna...

El no replicó. Estaba demasiado asustado, demasiado preocupado por su inmediato e incierto futuro...

CAPÍTULO X

—¿Las fotografías? —exclamó Elmira, asombrada—. Las quemé.

—¿Por qué?

—Bueno, imagino que fue una reacción instintiva, si sabe lo que quiero decir. Eran fotografías del viejo, de sus mujeres, de sus amigas, incluso. ¿Imagina un hombre guardando en marcos de plata las fotografías de ellas? Así era mi nunca bien ponderado papaíto.

—Pero había fotografías de usted, también.

—De cuando era una chiquilla. Créame, teniente... tampoco ésas tenían buenos recuerdos para mí.

—Ya veo...

Su mirada se perdió por el descomunal escote del vestido negro que lucía la propietaria de la casa, esta vez.

Un vestido ceñido, tenso y martirizado, sobre aquel cuerpo de generosas proporciones.

Elmira sonrió.

—¿Sabe usted, teniente? —Runruneó—. Me pregunto cuándo se dejará caer por aquí como un invitado normal, sin preguntas... sin que haya que llamarle teniente. ¿Comprende?

—Me parece que sí.

Desde la butaca en que estaba hundida, Denise cacareó:

—¡Huya, teniente! Está a punto de ser capturado por...

—¡Cállate, Denise, cariño! —le espetó la dueña de la casa con voz chirriante—. No es culpa mía, si los hombres no se fijan en ti cuando yo estoy por las proximidades.

Denise irguió un poco la cabeza, para mirarla por encima del respaldo de la butaca.

—Querida, yo podría aportar por lo menos quince razones por las cuales se fijan primero en ti.

—¿De veras?

Drake gruñó:

—No vayan a tirarse del moño por mí. Soy un tipo más bien tímido, ¿saben? Quisiera preguntarle algo más si no le importa, señorita Tuckerman.

—Elmira, querido, llámeme Elmira.

—Sí, claro, Elmira, ¿conoció usted a Sally Browne?

—¿Sally? Bueno... déjeme pensar. ¿No fue la cuarta esposa de mi querido viejecito? O una de sus veinte amantes, quizá.

—La quinta.

—¿Qué?

—La quinta y última esposa de su padre.

—¡Ah, sí!; la quinta. No, no la conocí. En realidad, no creo que llegara a conocer más que a la que desbancó a mi madre. Y aún entonces era yo muy pequeña, de modo que ni siquiera la recuerdo.

—Giacomo Luca, la llamó. Le dijo que si compartían el dinero a partes iguales, él le haría ganar una fortuna.

—Ella está en la ciudad, ahora. ¿No se le ocurre la razón por la cual Giacomo le hizo esa proposición?

—Ni siquiera puedo pensar que hablara en serio. ¡Caray, teniente! —exclamó, de pronto—. ¿Estoy equivocada, o trata de colocarme a la cabecera de su lista de sospechosos?

—Sólo estoy haciendo preguntas.

—Con lo que yo le quería, teniente. Me decepciona.

—Le aseguro que Sally Browne está aún más decepcionada que usted. No le ocultaré que he revisado el registro legal donde está inscrito el testamento de su padre. Pensé que quizá hubiera alguna cláusula referente a su exesposa, pero no es así. Usted fue su única heredera.

—Yo hubiera podido informarle de eso sin tantos quebraderos de cabeza, por su parte.

—El abogado Stubbs facilitó mucho mi trabajo. Bien, eso es todo por el momento.

Desde su butaca, Denise indagó:

—¿Sabe ya quién era el hombrecillo que murió entre los árboles, teniente?

—Todavía no.

Se despidió apresuradamente y abandonó la casa sin haber puesto en claro nada de cuanto le intrigaba.

Condujo el coche distraídamente y una vez en el centro se

encerró en su despacho. Encendió un cigarrillo y, pacientemente, volvió a repasar el cúmulo de informes, anotaciones, fotografías y cuánto tenía reunido sobre el caso.

Prestó especial atención a los informes remitidos por la policía de San Francisco.

De pronto se irguió. Disponíase a descolgar el teléfono cuando el aparato sonó.

—Hable —gruñó—. Aquí el teniente Drake.

—Te quiero, teniente —susurró la voz de Sarah, a través del auricular.

—Y yo a ti, sospechosa. ¿Dónde estás ahora?

—¿Dónde me dejaste?

El abrió la boca. Volvió a cerrarla de golpe y no replicó.

La voz cantarina de la muchacha surgió de nuevo.

—¿Sigues ahí, cariño?

—Seguro.

—¿Qué has estado haciendo, todo el santo día? Pensé que vendrías en algún momento...

—¿Por eso te quedaste en el apartamento?

—¿Por qué otra cosa si no?

—Estás loca, nena.

—Me parece que aciertas. ¿Te das cuenta de que dentro de poco el sol se hundirá en el horizonte?

—¿De veras? Si no estoy equivocado, eso sucede todos los días.

—La terraza, Alan...

El suspiró.

—Lo siento, pero habrás de contemplar el espectáculo tú sola esta noche. Tengo mucho trabajo.

Se despidieron, y él colgó. La voz dulce de la muchacha le había llenado de súbita nostalgia.

Estuvo unos instantes pensativo, dudando entre volar hacia su apartamento o proseguir lo que estaba haciendo y decidió que eso era lo más urgente por cuanto mientras el asesino siguiera libre podría volver a matar.

Descolgó el teléfono y marcó un número de San Francisco que sabía de memoria...

El de la policía.

Era noche cerrada cuando se recibió el telegrama. Primero llegó

a manos del *sheriff* Glover. Luego, ésta llamó a Drake y refunfuñó:

—Ya sabemos quién era el hombre muerto en el jardín, teniente.

Éste tomó el telegrama que blandía el *sheriff* como si fuera una bandera y leyó:

«Identificación positiva. Huellas dactilares de Harry Griswold. Estafador. Hábil falsificador, Dos condenas tres y cinco años. Sigue carta fotocopias ficha. Saludos».

—De modo que un falsificador —refunfuñó Drake, entre dientes—. ¿A dónde nos lleva eso, *sheriff*?

Glover suspiró.

—Como no resuelva usted el caso pronto, me temo que a la calle, teniente.

Drake apenas le oyó.

—Un falsificador —murmuró, abstraído—. ¿Por qué rondaba la casa, noche tras noche, qué esperaba conseguir allí, a quién espiaba?

—Eso, teniente, ¿por qué, a quién? ¡Preguntas sin una maldita respuesta!

Drake abandonó el telegrama encima de la mesa.

—*Sheriff*, por regla general, los falsificadores son una clase muy especial de delincuentes.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Verá... podríamos decir que, en cierto modo, representan la aristocracia del delito. Son inteligentes, hábiles, y casi todos ellos se sienten orgullosos de su habilidad. Conocí algunos así en mis tiempos de San Francisco. Pero nunca conocí ninguno que, además de falsificador, fuera, por ejemplo, ladrón, o asesino, o... estafador.

Glover arrugó el ceño.

—Maldito si le comprendo. Aquí dice que ese Griswold era también, estafador.

—Ahí le duele. El garbanzo negro de la especie, si entiende lo que quiero decir.

—No lo entiendo, a menos que se decida a hablar con sentido común.

—Más tarde, *sheriff* —refunfuñó Drake dirigiéndose a la puerta—. Cuando me llamen desde San Francisco.

—¡Espere un minuto!

—Ahora aún no estoy seguro de nada.

Salió y cerró la puerta. Glover soltó una sarta de maldiciones. Era su propia reelección para el cargo lo que estaba en juego, y ese estúpido tenientillo se divertía haciéndose el misterioso.

Apagó la luz del despacho y salió.

El policía de servicio levantó la cabeza, tratando de averiguar el humor de su jefe. Vio la cara hosca del *sheriff* y apretó los labios.

Glover se detuvo ante la oficina de Drake. Titubeó un instante y al fin empujó la puerta y entró.

—Dígame una cosa, teniente —gruñó.

—¿Sí?

—¿Tiene realmente una idea concreta sobre esos crímenes?

—Creo tenerla.

Glover tragó saliva.

—¿Y también... está... sobre el asesino?

Drake titubeó.

—Puedo equivocarme —dijo.

—¡Entonces, sabe quién es!

—Puedo estar equivocado, *sheriff*. No poseo ni una maldita prueba. Sólo ideas.

—Usted me mata, Drake —suspiró el *sheriff*—. ¿Sabe o no, quién ha cometido los asesinatos?

—Creo saberlo. Podré estar seguro, cuando mis excamaradas de San Francisco me llamen esta noche. Pero incluso entonces, y preste atención a eso, no dispondré ni de la sombra de una prueba.

—¡Las buscaremos! —exclamó Glover—. ¡Las fabricaremos si es preciso! Lo importante es resolver el caso, y pronto. Es usted un excelente policía, Drake, palabra.

Salió de la oficina tan ligero como si de repente hubiera rejuvenecido veinte años.

Drake refunfuñó un juramento. Miró el reloj y también abandonó su despacho.

El agente de servicio comentó:

—Es usted un fenómeno, teniente. Tan pronto amenaza con provocar un infarto en el jefe, como le hace nacer alas en los pies. Salió de aquí como si volara.

—Es la ley de las compensaciones, Smith. Nada más que eso.

Smith se quedó boquiabierto. Drake aprovechó para añadir:

—Me voy a comer algo al restaurante de la esquina, pero espero una llamada importante de la policía de San Francisco. Si se produce, corra a buscarme, ¿de acuerdo?

—Seguro, teniente.

Drake salió a la calle y por alguna extraña razón no se sentía precisamente satisfecho.

La llamada se produjo media hora más tarde y, después de atenderla, se sintió aún menos satisfecho que antes.

CAPÍTULO XI

Estaban en la biblioteca, charlando, bebiendo y fumando.

Denise exhaló una nube de humo y afirmó:

—Por mi parte, opino que Sarah hizo lo único sensato que cabe en estas circunstancias. Creo que yo también me iré por la mañana.

Henry Le Bon dio un largo sorbo a su bebida.

—Tú puedes largarte cuando quieras, pero nosotros hemos de trabajar. ¿Crees que en un hotel yo podría pintar, o Thomas modelar?

—Ése es problema vuestro, querido.

—Si por lo menos pudiésemos regresar a Frisco...

—El teniente lo impedirá. Fue contundente al respecto. Todos somos sospechosos por el momento.

Talbot bufó.

—¡Y entretanto, las exposiciones programadas al infierno! Comprometí las fechas, firmé contratos. ¿Cómo pensáis que va a quedar mi crédito?

Nadie le hizo caso.

Elmira murmuró:

—Por lo que me concierne, podéis seguir aquí todo el tiempo que se os antoje.

—¡Eso sería una insensatez! —Baló Henry Le Bon—. El asesino podría matarnos impunemente... ¡Me horrorizo, sólo de pensarlo!

—Yo me marcho por la mañana —repitió Denise—. ¿Alguien tiene un cigarrillo?

Thomas Hoyle, el barbudo escultor de aspecto patriarcal, refunfuñó, de mal talante:

—Yo me quedaré un tiempo, Elmira, si no tienes inconveniente.

—¡Espléndido! Si no fuera porque me asusta esa pelambrera salvaje que llevas en la cara, sería capaz de amarte, querido.

Talbot suspiró:

—Por lo menos —dijo—, uno demuestra algo de sentido común.

—Yo no tengo alma de mártir —bufó Le Bon—. Me marcharé con Denise. No quiero que me corten el gaznate.

Talbot estaba furioso.

—¿Y puedes decirme a dónde irás, gran hombre? —estalló—. La policía no te dejará abandonar la ciudad, de modo que habrás de instalarte en un hotel. Eso cuesta dinero. Mucho dinero, en estos lugares de turismo. Y yo no voy a correr con tus gastos, de modo que, piénsalo dos veces, y luego puedes colgarte de un árbol.

—No te sulfures, Willy —runruneó Elmira—. ¿Acaso no piensas abandonarnos, tú también?

Talbot se estremeció.

—Yo tengo compromisos en San Francisco... Éste... y en Los Ángeles. Mi caso es distinto.

—Pero acabas de mencionar que la policía no dejará que ninguno de nosotros abandone la ciudad. ¿Cómo piensas marcharte, entonces?

Talbot abrió la boca, furioso. Volvió a cerrarla y no replicó.

En aquel instante oyeron el rumor de un coche aproximándose por el chirriante sendero de grava.

—Los polizontes, seguro —suspiró Elmira.

Denise le miró de través.

—¿No crees que deberías vestirme con algo más... liviano, querida? —Runruneó—. En obsequio de nuestro amado teniente, claro.

Elmira se miró de arriba abajo. El escote no dejaba casi nada que adivinar. La falda, larga hasta los pies, era de ésa ciase abierta por un lado hasta el muslo. Por lo demás, la seda del vestido se ceñía a su cuerpo como una segunda piel.

—¿Tienes celos? —comentó—. Estás muerta de celos, querida Denise.... —¿Sabes lo que pienso?

—Algo sucio, sin duda.

—Pienso que el teniente seguiría mirándome a mí, completamente vestida, antes que a ti con menos ropa. Si estábamos juntas, por supuesto.

Talbot soltó un juramento.

Henry Le Bon hizo una mueca de desagrado, pero nadie le prestó la menor atención.

El coche se había detenido. Elmira se levantó, alisándose la falda a lo largo de sus caderas y luego se fue en busca del recién llegado.

Regresó, escoltando a Drake y al alguacil Hardy. Hubo un coro de ruidosos saludos antes de que el teniente pudiera explicar el motivo de su visita.

—Hardy y yo vamos a pasar la noche aquí —dijo, resueltamente—. Por razones que ahora no puedo revelar, creo que el asesino puede intentar otro golpe, así que hemos decidido impedirlo. Hardy se quedará en esta planta, y yo me apostaré en el piso superior, donde están los dormitorios.

Denise exclamó:

—Le ofrezco el mío, teniente. Es muy confortable, ¿sabe?

—Me quedaré en el pasillo o en alguna de las habitaciones desocupadas.

Elmira se colgó materialmente de su brazo.

—Estará más cómodo en mi cuarto, teniente —runruneó—. Le prometo no interferir para nada en su trabajo.

El sacudió la cabeza.

—Si la tuviera a usted al lado, Elmira, el asesino podría entrar en la casa tocando trompetas y no me enteraría. ¿Es que nunca se mira usted a un espejo?

—¡Oh, sí! Tengo uno gigantesco en mi habitación... Se lo mostraré.

Hardy boqueó. Todos los aguzados huesos de su cuerpo parecieron estremecerse y balbuceó:

—Oiga, teniente. ¿No cree que sería preferible que me quedara yo arriba?

—Tranquilícese, Hardy, nadie va a devorarme. Ninguna mujer quiero decir, Y ahora, si hubiera un trago para un pobre polizonte sediento, lo bebería y podrían retirarse todos ustedes.

Elmira se apresuró a llenar un vaso con *whisky* y hielo. Drake bebió despacio y cuando terminó se inició la desbandada general.

Elmira Tuckerman fue la última en dirigirse a las escaleras. Sonrió de aquella manera que aumentaba la temperatura ambiente hasta el punto de ebullición y murmuró:

—Si se encuentra usted muy solo arriba, teniente... ya sabe.

Hardy gruñó, cuando ella hubo desaparecido:

—Está loca, ¿no le parece?

—Piense en ello, pero no se duerma esta noche. Ya sabe lo que debe hacer en cualquier circunstancia.

—Lo sé, teniente.

Drake apagó las luces, dejando encendida solo una del vestíbulo. Hardy se acomodó allí, de modo que pudiera vigilar tanto la puerta como la escalera, y se dispuso a esperar.

El teniente subió escaleras arriba. Sentía como si los pies se le hubieran vuelto de pronto, tan pesados como el plomo.

En el pasillo brillaba una lámpara de pared. El abrió la habitación donde Pauline encontrara la muerte, tomó una silla y fue a instalarse en el pasillo.

El silencio fue apoderándose de la gran casa. Después, empezaron los pequeños ruidos enervantes. El rechinar de una madera, el crujido de un postigo en alguna parte; todo ello como contraste del impresionante silencio que poco a poco pareció envolver al mundo entero.

Drake recostó el respaldo de la silla contra la pared y se puso cómodo.

Una hora más tarde se levantó. Aplicó el oído a la puerta del cuarto que ocupaba Denise. No oyó nada.

Se deslizó pasillo abajo hasta la última puerta. Escuchó aún.

No se oía nada, en absoluto.

Entonces empujó la puerta abriéndola lo suficiente para colarse dentro y volvió a cerrar a sus espaldas.

De alguna parte surgió la voz acariciante de Elmira.

—Sabía que vendrías —susurró—. Estaba segura que todo esto no era más que una excusa, querido.

—Enciende alguna luz o me romperé el cuello en esta oscuridad.

Repentinamente, una pequeña lucecilla brilló en un ángulo de la pared. Drake miró en torno, casi desbordado por lo que veía.

La habitación era enorme. Todo el suelo estaba cubierto por una espesa alfombra, y había butacas y almohadones desperdigados aquí y allá.

Toda una pared, la de la izquierda, estaba ocupada por un espejo en el cual se multiplicaba la habitación como si se desdoblara en dos.

—¿Qué te ocurre, teniente? —susurró la dueña de la casa.

—Espera que recobre el aliento.

Sobre un butacón, Elmira le miraba. Él fue hacia ella, Sentándose en uno de los brazos del butacón.

—Querido... esperé tanto tiempo... desde que entraste por primera vez en mi casa...

Bruscamente, le rodeó el cuello con los brazos y le besó. Drake permaneció quieto, esperando.

Ella se apartó al cabo de unos segundos.

—¿Qué te pasa, querido? Pareces una tabla. ¿Qué temes, que nos oigan los demás?

—No...

—Ya comprendo... estás nervioso, impresionado...

—Nervioso, ésa es la palabra.

—Relájate, cariño. Tenemos todo el tiempo que queramos.

—No creo que dispongamos de tanto tiempo, Elmira.

—¿Por qué no? ¡Oh!; tienes que vigilar el pasillo... Pero para eso no necesitas apresurarte.

Volvió a besarle. Esta vez, él la apartó suavemente, sujetándola por los brazos.

—Elmira —murmuró Drake—. He descubierto al asesino.

Ella dio un respingo.

—¿Hablas en serio?

—No me cabe la menor duda. Lo he averiguado todo.

Repentinamente, ella se echó en sus brazos una vez más.

—¡Y tienes que decírmelo precisamente ahora, cuando estamos juntos! —protestó—. ¿Es que no tienes sentimientos?

—Porque los tengo estoy aquí, Elmira.

Ella se apartó de él, poco a poco. En la penumbra, su bello rostro parecía crispado.

—No comprendo... —murmuró.

—Sí, comprendes, Elmira. ¿Dónde guardas el cuchillo? ¿Bajo la almohada, acaso?

Ella se estremeció, incapaz de hablar. Una feroz expresión se extendió por toda su cara y al fin balbució:

—¡Tú... maldito,...!

—A mí no podrás acuchillarme, Elmira. No estoy narcotizado, y soy mucho más fuerte que tú. ¿Dónde guardas el cuchillo? Ya no va a servirte de nada.

Ella levantó la mano derecha, que salió de la zona de sombras

como una aparición fantasmal.

En la mano empuñaba un revólver pesado y feo.

El revólver de Drake.

—¿Creíste que podrías vencerme tan fácilmente? —Silbó entre dientes, rabiosa—. ¡Creíste que te abrazaba llena de amor hacia ti!

—Ya veo...

—¡Tú propio revólver, teniente!

Él se levantó, retrocediendo un paso.

—Dispara, y habrás de matarlos a todos. ¿No te das cuenta?

—Eso será sólo como último recurso. No te muevas de todos modos, porque no me importará disparar.

Ella retrocedió, levantándose del butacón, apartándole.

Con el revólver, señaló otra butaca.

—Siéntate ahí, cariño. Y ya sabes... dispararé sólo con que sospeche que intentas sorprenderme.

El hizo lo que le ordenaba la mujer y se hundió materialmente en la butaca.

La oyó retroceder, percibió un leve rumor sobre la alfombra. Después sonó un chasquido.

Drake atisbo por un lado del butacón. Vio a Elmira inclinada al lado del lujoso tocador. En la pared se había abierto una pequeña puerta disimulada.

—Te advertí, querido... ¡Deja de mirarme!

En la mano izquierda, cuando se levantó, brillaba siniestramente la sucia hoja de un terrible cuchillo.

Drake suspiró y volvió a acomodarse en la butaca.

Oyó a Elmira aproximarse paso a paso y sintió un vivo escalofrío. Tal vez...

—¿No tienes interés en saber cómo te descubrí, Elmira? —preguntó, con voz tensa.

—¡No me importa! En cambio, te voy a decir cómo me libraré de ti.

—No creo que lo consigas.

—¡Oh, sí! Ya verás... Dispararé un tiro a través de la ventana, después de abrirla. Todos acudirán, incluido ese estúpido saco de huesos que tienes por ayudante... ¿Y qué crees que encontrarán aquí?

—Dímelo tú.

—Tu cadáver, querido. Muerto de una cuchillada. Yo también estaré ligeramente herida, claro. Histérica. Toda una representación por mi parte. Cuando pueda hablar, diré que el asesino entró por la ventana mientras tú y yo estábamos amartelados y que por eso no pudiste reaccionar con la debida celeridad... pero aún pudiste hacer un disparo... cuando él huía por la ventana. ¿Eh, qué te parece? Te aseguro que mi representación dramática arrancará lágrimas al auditorio.

—No me cabe la menor duda.

De pronto, Drake se levantó de un salto, volviéndose.

—Pero para eso necesitas matarme de una cuchillar da... y no creo que puedas hacerlo, Elmira.

Ella le apuntó con el «38». Su mano no temblaba.

—Muy bien —dijo—. Te mataré de un tiro. Ya encontraré una buena historia para justificar el disparo y todo lo demás.

El sacudió la cabeza. Señaló el cuchillo que ella sostenía en la mano izquierda.

—Ni siquiera lo limpiaste —comentó—. Aún está lleno de manchas de sangre. Muy comprometedor, Elmira.

—Lo sería, si pudieras servirte de él alguna vez para acusarme. ¡Adiós, querido!

Tiró del gatillo sin titubear.

Hubo un relámpago y el bronco estampido atronó las paredes.

Drake ni siquiera se tambaleó. Sólo dio un paso hacia adelante, mientras en toda la casa resonaban los gritos y las pisadas.

Desconcertada, Elmira apretó el gatillo frenéticamente. Los tremendos estampidos del «38» pareció como si fueran a derribar las paredes, pero no pudieron derribar a Drake, quien volteó la mano y el golpe cazó a Elmira en el mentón y la levantó del suelo, manoteando.

Justo cuando se estrellaba contra el enorme espejo se abrió la puerta. Hardy entró de un salto, empuñando su revólver. Tras él aparecieron las caras alteradas de todos los demás.

—Recoja ese cuchillo, Hardy —gruñó Drake—, pero protéjase la mano con un pañuelo. Después haga lo mismo con mi revólver. Deme el suyo, entre tanto.

—¿Está usted bien, teniente? —balbuceó el esquelético ayudante.

—Seguro.

Se inclinó sobre la desvanecida Elmira, El puñetazo había sido demasiado duro. Drake sacó unas esposas y con ellas dejó inmovilizadas las manos de la asesina.

Estupefacto, el barbudo escultor barbotó:

—¿Quiere decir que ella... que Elmira...?

—Sí. Ella cometió los crímenes.

Talbot señaló el revólver.

—Es usted el tipo más afortunado del mundo, teniente —cacareó, agitado—. Todos esos disparos y no le acertó ni uno...

—No podía acertarme, Talbot. Ella me arrebató el revólver. Yo lo cargué antes de salir de la oficina... con cartuchos de fogeo. No tenían bala, ¿comprende?

—¡Cuernos! ¿Sabía usted que ella le quitaría el revólver?

—Algo debía hacer, cuando se viera descubierta. Si no disponía del cuchillo a mano, para sorprenderme desprevenido, sólo le quedaba el revólver. Acerté. Ella misma se puso la soga al cuello que es exactamente lo que yo necesitaba, porque de lo contrario no disponía más que de sospechas, ninguna prueba.

Desde el suelo, Elmira le miró ahora con ojos fulgurantes, llenos de odio.

Denise, envuelta en un vaporoso salto de cama, murmuró:

—¿Sabe una cosa, teniente? Ya no estoy tan segura de que me guste usted.

Henry Le Bon, tras aclararse la garganta, balbuceó:

—Pero ¿por qué, teniente? Elmira lo tenía todo... dinero, una casa espléndida. ¿Por qué mató?

—Ahí está el nudo de la cuestión. Mató, porque no es Elmira Tuckerman. ¿Comprenden? Elmira Tuckerman murió en San Francisco a causa de un desdichado accidente... que ahora supongo no fue tal accidente, sino un crimen. El primer asesinato de esta mujer. Sólo que el cadáver de la pobre muchacha fue inscrito como el de Genny Morton, su compañera de apartamento. Así desapareció Genny... para reaparecer, ahora, y aquí.

La asesina se levantó apoyándose en el espejo. Su cara desencajada tenía algo de salvaje, de bestial, distorsionada por el furor y la rabia impotente.

—Giacomo lo descubrió de algún modo, pero era demasiado

cobarde para intentar un chantaje por su cuenta. ¿No fue así, Genny?

—No diré nada, hijo de perra... ¡Ni una palabra!

—Ahí te equivocas. Hablarás. Pero poseemos ya las líneas generales de todo el asunto. Tú usurpaste la identidad de Elmira Tuckerman y viniste aquí. Pero necesitabas documentos para eso... Griswold te los facilitó, falsificándolos. Era un maestro. Pero era también, un vulgar estafador y quiso ver hasta dónde podía exprimir el filón. Tuviste que matarle también. Y a Pauline, porque algo vio que le hizo sospechar.

—Una fotografía de la verdadera Elmira —barbotó Genny, salvajemente—. Yo las había destruido todas la primera vez que pisé esta casa... pero ésa quedó oculta en un cajón y ella la encontró accidentalmente...

—Y murió. Cuando la policía de San Francisco me dijo por teléfono que la compañera de apartamento de Elmira Tuckerman había muerto en un accidente un tanto extraño, comprendí que yo estaba en lo cierto. Te librate de ella para obtener la fortuna de los Tuckerman... Pero para una cosa semejante se necesita mucho más talento del que tú posees, Genny. Acompañaile abajo, Hardy.

—Sí, teniente.

El esquelético alguacil empujó a Genny Morton hacia la escalera. Entonces se desataron infinidad de comentarios, que Drake cortó al despedirse a su vez.

Denise se colgó de su brazo y caminó a su lado a lo largo del pasillo, muy apretada a su cuerpo.

—Me pregunto qué voy a hacer ahora, teniente —musitó, arrulladoramente—. ¿Usted no conoce un lugar donde pueda alojarme por unos días?

—Lo siento, pero...

—¿Es usted casado, teniente?

—¡Diablos, no! Ya es la segunda que me hace la misma pregunta.

—¿La... segunda?

—¡Ajá!

—Bueno, no importa. ¿Tal vez tendría usted una habitación libre en su apartamento? No le proporcionaría ninguna molestia, palabra.

El sacudió la cabeza. Suavemente se desprendió del abrazo con

que ella trataba de envolverlo.

—No sabe cuánto lo lamento, pero ha llegado tarde. Ya tengo una inquilina, ¿sabe?

Sonrió, dio media vuelta y descendió las escaleras desapareciendo en el penumbroso vestíbulo.

Instantes después, conducía el coche rumbo a la ciudad. El asiento de atrás estaba ocupado por la sombría mujer esposada y el nervioso alguacil.

Estaba pensando en su inquilina, en las puestas de sol contempladas desde su terraza, en las emociones que eso les proporcionaría.

En los besos.

En todo lo demás.

Instintivamente hundió el acelerador hasta el fondo.

FIN

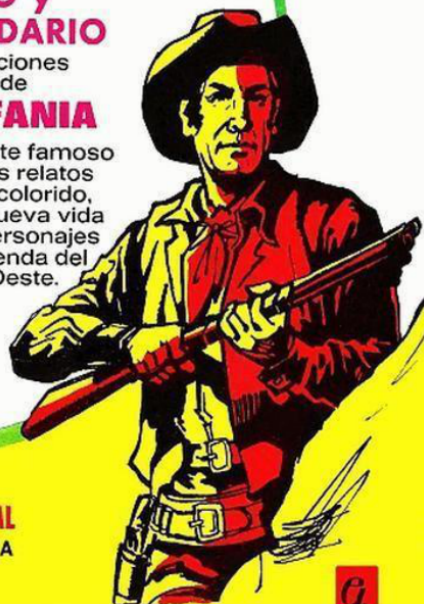
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

